

LA OSCURA EDAD MEDIA

La incorporación de las culturas nórdicas en el contexto europeo permitió, por primera vez, la pérdida de la hegemonía intelectual mediterránea. Sin embargo, estos pueblos carecían de las estructuras necesarias y pronto se dedicaron a imitar los modelos heredados del Imperio romano.

En un principio tanto pueblo “bárbaro” se instaló donde pudo:

- Los *francos* ocuparon la orilla derecha del Rin, admitidos como federados por el ya decrepito Imperio romano
- Los *sajones* se asentaron cómodamente en el Elba
- Los *alamanos* (controlados por los *suevos*) decidieron dejar su nombre en Alemania
- Los *burgundios* se fueron al resto del Rin que los francos les habían dejado
- Los *lombardos* merodearon Panonia
- Los *vándalos* colocaron sus culos en tierras húngaras
- Los *godos*, en el Mar Negro y
- Los *ostrogodos* decidieron que Ucrania y país del Ponto era un lugar ideal (fueron los primeros

bárbaros romanizados y cristianizados gracias al continuo contacto fronterizo)¹¹⁴

Otro grupo bastante numeroso fueron los *visigodos* quienes tuvieron la chorra de vivir con cargo a la *annona* del Imperio durante el mandato de **Fritigerno** una vez traspasaron el Danubio. Pero los abusos de mercaderes y funcionarios romanos provocaron la revuelta de éstos y el saqueo salvaje de buena parte de las regiones balcánicas exigiendo continuamente nuevas concesiones al debilitado Imperio.

Mientras tanto, desde 396, los *hunos* habían reemprendido su marcha hacia el Oeste invadiendo Dacia y la cuenca de Panonia.

Y pocos años más tarde (en 405) una impresionante masa de ostrogodos, vándalos y alanos logran entrar en Italia corriéndose por el valle del Po, Toscana y saqueando Roma hasta tres veces entre otoño de 408 y agosto de 410.

Afortunadamente para el Imperio los visigodos “domesticados” empezaron a identificarse con las formas mediterráneas y el rey **Ataulfo** decidió casarse con una noble romana (**Gala Placidia**) comprometiéndose éste a aniquilar a los vándalos y limpiar el norte de Hispania de alanos y suevos.

Muy en la línea chanchullera imperial llegaron a ofrecerle, incluso, el cargo de *magister militum* al mismísimo **Atila** para ver si así se estaba tranquilo y controlaba la frontera del Rin de los ataques francos y burgundios.

Pero aún así el deterioro del poder romano era ya tan evidente que en la Galia llegaron a entrar hasta los *bretones* y *celtas irlandeses* sin apenas resistencia de importancia.

La facilidad con que los bárbaros se movían por los extrarradios era tal que los vándalos acabaron en la sureña Bética logrando, con su rey **Genserico**, dirigir las conquistas

¹¹⁴ **Ulfila**, uno de sus reyes, fue consagrado obispo en 340 introduciendo la fe católica a sus súbditos y traduciendo al gótico la Biblia.

hacia África y aprender, de paso, las desconocidas condiciones de guerra marítimas. Gracias a ellas tomaron rápidamente Cartago en 439 y no dudaron en amenazar Sicilia obligando a Roma a admitir un segundo reino bárbaro dentro de las fronteras (el primero fue el visigodo).

Desde 455 hasta 490 se consuma la descomposición del poder imperial en occidente reduciéndose su ámbito de influencia a poco más que Italia.

Gracias a esta pérdida de influencia imperial los pueblos germanos empezaron a crear confederaciones centradas en torno a unas nuevas “realezas” aptas para satisfacer las necesidades megalómanas de las primeras y más poderosas dinastías militares y, de paso, aportar a la teoría política medieval esa innovadora pieza maestra.

Sin embargo, ni el poderío militar de esas familias ni su capacidad bélica justifica, en principio, que un Estado tan bien organizado como el romano sucumbiese ante ellos. Los bárbaros no disponían de medios ni conocimientos militares suficientes para asediar con efectividad plazas fuertes (salvo usar la técnica de cercarlos y matarlos de hambre y sed) y tampoco es de recibo achacárselo todo a la muerte y destrucción que dejaban los muy cafres a su paso.

Para entender la flojera de la romanidad hay que contar con un elemento muy habitual en estos casos: los enemigos que había en casa. Hemos de tener en cuenta que existía una generalizada falta de entusiasmo hacia los ideales que se suponen definían el Imperio y, además, el sistema de “castas sociales” surgidos por el mal reparto de la riqueza provocaba una manifiesta insolidaridad de los grupos sociales entre sí hartos, casi todos, de una insoportable presión fiscal más injusta que las depredaciones sufridas por los bárbaros.

Y para colmo de males los curas, encima, deciden que la Iglesia estaba más allá de la suerte que corriese Roma (tontos

nunca han sido) desmarcándose ideológicamente del destino imperial para pasar a concebir, precisamente ahora, una idea de “ciudad común” aportada por **San Agustín**¹¹⁵

Un discípulo suyo, **Paulo Orosio**, llegó a justificar este cambio de actitud eclesiástica en su *Historiarum adversus paganos libri septem* (418):

“Si los bárbaros han sido enviados sobre el suelo romano con el único fin de que las iglesias cristianas de Oriente y Occidente se llenen de hunos, suevos, vándalos, burgundios y otros diversos pueblos innumerables de creyentes, entonces haría falta alabar y exaltar la misericordia de Dios porque, aunque a costa de nuestro hundimiento, muchas naciones recibirán la revelación, y seguramente no podían descubrirla más que en esta ocasión”

Pero, además, hemos de considerar que para muchos refinados contemporáneos la incorporación a su cultura de semejante banda de bárbaros no era más que una desgracia que tenían que soportar con encubierto sentimiento racista muy al estilo de nuestro Occidente actual...

“¿Cómo? ¿Yo?; aunque fuese capaz de ello, ¿qué componga yo un himno fescenino en honor de Venus según me pides? ¡pero si vivo en medio de hordas melenudas! ¡si no oigo más que hablar en germánico, y he de aplaudir, con gesto torvo, lo que se me ocurre

¹¹⁵ Veremos, a partir de ahora, cómo muchos personajes trascendentales de la Iglesia lo han sido en la medida en que sus excusas la salvaron de alguna desaparición “técnica”. Curiosamente, este cambio radical en los postulados eclesiásticos permitió que las iglesias no fueran sistemáticamente atacadas por los bárbaros.

cantar en medio de su borrachera al Burgundio de cabellos perfumados con manteca rancia!

¿Quieres que te diga lo que anula mi inspiración? Empujada por las corazas de los bárbaros, Thalia desdeña los versos de seis pies cuando contempla a mis 'protectores', de siete pies de altura. Felices tus ojos, tus oídos, e incluso tu nariz, pues cada mañana diez guisos me envían las emanaciones fétidas del ajo y la cebolla. Tú no estás obligado, como si fueses su suegro o el marido de su nodriza, a recibir al amanecer a todos estos gigantes a la vez, tan numerosos que la misma cocina de Alcínoo apenas podría darlos cabida”.

Sidonio Apolinar

Los que sobrevivieron a tanta salvajada por una y otra parte se dedicaron, apelando a un lógico principio de supervivencia, a sintetizar sus formas de vida en búsqueda del principal y más obsesivo objetivo: no morir de hambre.

Y mientras que las clases acomodadas y los monjes podían permitirse el lujo de comer pan y beber cerveza de avena; los pobres se tenían que contentar con el centeno, mijo, sopa de cardo, altramuces, harina de guisantes, algarrobas, nabo, zanahoria y col.

Hay que tener en cuenta que esta masa de muertos de hambre acabaron vinculados a la tierra conquistada por los nuevos aristócratas, viviendo en un régimen de agricultura de subsistencia apenas suficiente para el autoconsumo.

Se salvaron algo de tanta desgracia los que tuvieron la chorra de vivir en ciudades convenientemente amuralladas y, casi siempre, bajo la dirección de alguna sede episcopal que acabó asumiendo las tareas administrativas abandonadas por el Estado.

En estos momentos no podemos hablar, siquiera, de un movimiento económico de bienes y servicios entre ciudades sino

más bien de cambios de propiedad de las cosas derivados del pillaje, la guerra o las ofrendas y regalos que se hacían entre ellos los que podían.¹¹⁶

Hasta la moneda desaparece (el vellón de oro) al no apoyarse su valor fiduciario en el respaldo y la coacción estatal.

El oro y la plata se atesora bajo otras formas y las clases bajas recurren al viejo trueque, usando como referencia algún objeto de uso frecuente, como podía ser el trigo o la oveja.

Con semejante panorama es lógico suponer que el principal problema de las nuevas autoridades territoriales era poder garantizar cierta seguridad y respeto mínimos entre vecinos. Y lo lograron echando mano a una institución muy útil cuando las cosas van mal: la familia y los lazos de sangre.

Ésta funcionaba, cómo no, bajo la autoridad paterna rodeando a la mujer de contraprestaciones económicas cuando se cedía en boda. Sin embargo, el hecho de que las uniones interfamiliares se hicieran a través del sexo femenino ha obligado a muchos historiadores plantear la existencia de un “matriarcado oculto”, aunque ello no impidiera que a la pobre mujer se le siguiera tratando como un objeto de propiedad expuesto a concubinatos varios, poligamias, divorcios o abusos por parte del macho de turno.

En este mundo tan cutre para el currito una de las formas más útiles de promocionarse era con la encomienda en el deber de armas, punto de partida de la segunda institución más importante bajomedieval: el vasallaje.

Paralelo a esto se estaba produciendo también una innovadora fusión de las leyes con la incorporación de dos mentalidades completamente nuevas. En un principio el derecho

¹¹⁶ Es de destacar la importancia que tenía en este tráfico la figura de los muertos ya que, según **Duby**, ellos mismos eran una “*categoría importante de consumidores en un sistema económico que se desplegaba ampliamente en lo sobrenatural*”, en búsqueda del perdón o favores divinos mediante la entrega de cosas a través del diezmo eclesiástico.

se mantenía de forma consuetudinaria debido al carácter iletrado de aquella época y a las pocas leyes que existían.

Por parte del primitivo derecho popular germánico se asentó la idea del respeto absoluto a la paz entre grupos de una comunidad y la presencia de una conciencia colectiva de lo que es “justo”, manifestada a través de la asamblea de hombres libres.

Ya en el siglo V se logró escribir un código entre los visigodos (el *Código de Eurico*), una *Ley Sálica* entre los francos y la *Ley Gombeta* entre los burgundios.

Los lombardos, por su parte, se entretuvieron redactando el *Edicto de Rotario* (643), un conjunto de leyes que conservaba el primitivo espíritu del sistema jurídico germánico.

Y los visigodos, algo envidiosillos, decidieron que ellos también querían tener sus leyes y redactaron en Hispania el *Liber Iudiciorum*, una cosa que debió cabrear sobremanera a los hispanos ordenada por **Recesvinto** en 654.

Evidentemente, ni antes ni ahora tanta rollo escrito implicaba justicia. De hecho, todos estos textos permitían la interpretación de lo juzgado dando como válidas pruebas o testimonios fundados en elementos ultraterrenos.

Y la sanción tampoco se libraba de cierto aire “salvaje”: existía el llamado principio de compensación que permitía al sufriente quitarle, al causante de sus males, prenda equivalente (caballo, mujer o niños), vengarse públicamente o castigar a toda una colectividad por la burrada que pudiera haber hecho uno de sus miembros (el retroceso con respecto a las leyes griegas era evidente).

Contar ya con tantas leyes escritas implicaba una inevitable pacificación de los pueblos sobre los territorios conquistados. A decir verdad, el único lugar donde aún se podían oír follones era en la convulsa península itálica pasmados todavía con lo que les había pasado.

De hecho, intentaron rehacer el estilo de vida y organización del Bajo Imperio romano con pactos con los pueblos invasores (ostrogodos en el Po)¹¹⁷ pero en el sector oriental bizantino ya se estaba tramando la invasión de la península para recuperar algo de prestigio y rutas comerciales mediterráneas.

Fue **Justiniano** quien lo logró provisionalmente, a partir de 535, hasta que un caudillo ostrogodo (un tal **Totila**) se mosquea, levanta a los esclavos italianos y corre a gorrazos a todo bizantino que pilla a su paso.

El detonante de la reconquista bárbara era evidente: las provincias recuperadas no sentían cariño por el lejano gobierno griego de Constantinopla. Así, Hispania se hace definitivamente visigoda en 625, África acaba islamizada a finales del siglo VII y, sobre Italia, cae el peso de los lombardos (la llamada “última pulsación”) a partir de 568 aunque las guarniciones bizantinas aguantaron acojonadas en las ciudades amuralladas hasta 572.

Un caso interesante por las repercusiones políticas que tendrá más adelante es la de la Francia merovingia de **Clodoveo**.

La resistencia inicial de los pueblos autóctonos fue nula instaurando su capital dinástica en París sin muchas complicaciones y obteniendo del emperador bizantino de turno (**Anastasio**) algún título legal que le legitimaba (eso les permitía estar en “paz con el Dios cristiano”).

De ahí a la llegada de otro rey al trono llamado **Dagoberto** tan sólo hay un pequeño follón sucesorio a la muerte de **Clodoveo** y a su intento de repartir el patrimonio regio entre sus cuatro hijos que reinaron, respectivamente, París, Soisson, Orleans y Reims. Afortunadamente, los trapicheos de dos mujeres, esposas y madres de reyes (una tal **Brunequilda** de Austrasia y **Fredegunda** de Neustria) liquidaron el asunto y la corona franca quedó reunificada convenientemente.

¹¹⁷ Los llamaban despectivamente *capillati* por las tracas que llevaban.

Este reino merovingio, a pesar de los elementos de debilidad e inestabilidad, jugó un papel fundamental y casi único en la consolidación política de la Europa germánica en los siglos VI y VII, demostrando que el sincretismo entre los elementos germanos y romanos era la vía más estable a largo plazo.

Y mientras tanto los ingleses volvieron a sus formas indígenas durante el siglo V desapareciendo todas las ciudades a excepción de Canterbury. Los bretones, no obstante, conservaron el cristianismo como signo de identidad aunque se expresaran en céltico y escribiesen en caracteres orgánicos.

El asentamiento de anglos, sajones y jutos se realizó a través de grupos tribales que crearon reinos regionales muy conocidos hoy en día por el comportamiento de sus habitantes más barbilampiños cuando retroceden a su estado primitivo: *Wessex*, *Essex* (en el *Támesis*), *Sussex* y *Kent* (con cierta vida urbanícola y Canterbury como capital de enlace con la Francia merovingia).

LA IGLESIA EUROPEA A LO SUYO

Los profesionales del sector también sufrieron la descomposición en la que se encontraba toda Europa viendo cómo aparecían por doquier *Iglesias regionales* con sus propias leyes y liturgias. Ahora bien, Roma seguían siendo el referente a seguir en liturgias, culto a San Pedro y peregrinajes varios a las tumbas apostólicas de la “ciudad eterna”.

Los obispos se erigieron como jerifaltes territoriales, a falta de algo mejor, llevando a cabo su particular escalada de poder dentro de un ambiente de gran ignorancia, desahogado concubinato en el clero, intromisión de la magia (negra y blanca) en la propia fe y continuas ingerencias en la política local para decantar las decisiones hacia sus intereses.

Un lugar donde se salvaron de tanta golfería fue, cómo no, en nuestra siempre admirada Hispania donde, quizás por la

frecuencia de los contactos con Roma, se tendió a la formación de una Iglesia “*nacional*” de gran disciplina interna y alto nivel intelectual que proporcionará abundantes personajillos (ya los conoceremos) que salvarán a la Iglesia de más de una crisis de identidad.

Frente al emergente catolicismo regional bajo la batuta pontificia aparecían, como mucho, conatos de ideología arrianista¹¹⁸ practicados por los pueblos germanos en un intento puramente político de tener argumentos con los que poder enfrentarse a la ideología episcopal.

El arrianismo lombardo, por ejemplo, se mostró casi tan virulento contra los cristianos como el vándalo, mientras que otros como los visigodos de **Alarico II** se dedicaron a respetar a los obispos católicos tan sólo reprimiendo las muestras de “afecto” político hacia el Imperio.

En general los arrianistas fueron tolerantes y pacíficos con los católicos dado que sus propios principios admitían la coexistencia de cultos, algo de lo que no podían presumir los católicos, muy intransigente con eso de la existencia de otro dios distinto al suyo.

Y mientras los trepas revestidos de una inventada áurea mística se dedicaban a apuntalar bien el negocio papal (aprovechando la crisis ideológica europea); otros, algo más comprometidos con la doctrina cristiana, se dedicaron a inventarse modelos monásticos como la de un tal **Benito** al que santificaron más tarde por no sé qué aportación a la Iglesia.

Según este muchacho el nuevo estilo monástico había de ser un remanso de paz comunitario (el futuro *beatus ille*) donde el

¹¹⁸ El arrianismo fue un movimiento religioso centrado en la doctrina de un tal **Arrio**. Según este listillo el Verbo no es igual o consustancial al Padre (o sea, que **Jesucristo** no era lo mismo que el **Padre**). La “idea” le costó una dura reprimenda en el primer concilio ecuménico celebrado en Nicea en 325 y el destierro de **Constantino** por bocazas.

abad no era más que el papá de una tierna familia dedicada a la contemplación mística de lo que le rodeaba.

Los monjes practicaban la austeridad en su bebercio y comercio (pero no la miseria), obedecían al abad (sin vejaciones), hablaban lo justo (la llamada *taciturnitas*) y vivían cada día según el tiempo solar, al modo campesino: de seis a nueve horas durmiendo como un tronco, seis u ocho de curre, tres o cuatro de rodillas farfullando rezos (el *opus dei*) y otro tanto para la lectura.

La cosa fue tan bien que el proceso evangelizador benedictino acabó abarcando la práctica totalidad de la Europa bárbara incluida la asilvestrada Inglaterra que acabó adherida a los cánones romanos en 704.

Si alguien desea recuperar viejos estilos de vida algo más desestresantes que los actuales puede intentarlo siguiendo el sano modelo benedictino...

“La ociosidad es enemiga del alma, y por esto, a tiempos deben ocuparse los monjes en la labor de las manos, y a tiempos en la lectura de cosas santas. Por tanto, juzgamos del caso arreglar estos dos tiempos de la manera siguiente: Desde Pascua hasta el catorce de septiembre, saliendo de Prima trabajarán desde la primera hora del día hasta cerca de la hora cuarta en lo que sea necesario. Desde la hora cuarta hasta cerca de la sexta se ocuparán de la lección. Después de sexta, en levantándose de la mesa, descansarán en sus camas, guardando un sumo silencio, y si alguno quisiere leer, lea de modo que no inquiete a otro. Dígase la Nona más temprano, esto es, en el promedio de la hora octava, y volverán otra vez a trabajar hasta la hora de Vísperas...

...Recíbese a cuantos huéspedes llegaren al monasterio como al mismo Cristo en persona, pues Él ha de decir algún día: “Huésped fuí, y me recibísteis”.

Póngase sobre todo el mayor cuidado en el recibimiento de pobres y peregrinos, porque en éstos se recibe a Jesucristo más particularmente que en los demás, porque los ricos y poderosos bastante recomendación se atraen con su soberanía para que se les dé el honor que les es debido”

Reglas de San

Benito

Paralelo a este movimiento adoctrinador llevado a cabo en Europa por las bases religiosas, los papas continúan con su particular escala de poder durante los siglos VI y VII adquiriendo paulatinamente todo el gobierno civil y judicial de la ciudad de Roma, ampliando sus propiedades por toda Italia del Sur, Córcega y Cerdeña aunque, hasta el momento, bajo la atenta batuta de Constantinopla y su Imperio bizantino.

De todos los “cerebros” entregados en cuerpo y alma a justificar la existencia de tanto vividor destaca un tal **Isidoro de Sevilla** (nacido, evidentemente, en Sevilla). Se pasó diez años de su vida redactando unas impresentables *Etimologías* que compiló en veinte tochos: gramática, retórica, *cuadrivium*, medicina, derecho, lengua, política y sociedad, ciencias y técnicas, saberes de Dios, los ángeles, la Iglesia, las sectas y las religiones.

Su increíble aceptación papal y difusión entre tanto místico se debe únicamente al mensaje que destilaba cada una de sus páginas: escasa originalidad, proposición de modelos totalmente tradicionales (muy bien vistos por una curia senil) y clasismo intelectual que debió contentar a los pocos que vieron en su trabajo una forma de apuntalar la organización eclesiástica.

Este “renacimiento isidoriano”, como llegó a llamarse, se prolongó hasta las postrimerías del reino godo influyendo decisivamente en un cristianismo celta irlandés necesitado de ciertas referencias intelectuales. De esta forma **Isidoro** permitía

no sólo un acercamiento de ambas cristiandades, la anglorromana y la céltica, al continente sino que, además, lograba reconducir los centros culturales europeos hacia el norte en un delicado momento donde el Islam empezaba a hacer de las suyas en el Mediterráneo.

Una muestra de la lógica isidoriana aplicada a la realeza la tenemos, por ejemplo, en este interesante y educativo texto donde, muy solemnemente, es capaz de convencer al más pintado de la necesidad de monarcas y de cómo éstos “necesitan” seguir los dictados eclesiásticos:

“1. La palabra reino viene de rey, pues como rey viene de regir, así reino viene de rey.

3. La palabra rey viene de regir (reges a regendo): pues como sacerdote viene de santificar, así rey viene de regir, y no rige el que no corrige. Los reyes, pues, conservan su nombre obrando rectamente y lo pierden pecando; de aquí aquel proverbio entre los antiguos: Rex eris, si recte facias; si non facias no eris.

4. Dos son las principales virtudes reales: la justicia y la piedad, y más se alaba en los reyes la piedad que la justicia, que de por sí es severa.”

Etimologías

En aquel sano ambiente religioso surgió la figura de **Beda el Venerable**. En su *De natura rerum* expurga las *Etimologías* isidorianas de lo poco pagano que quedaba abandonando las complejidades intelectuales del mundo tardorromano a favor de una siempre satisfactoria simpleza en la que, por cierto, tan cómodamente se mueven los religiosos (de antes y de ahora).

Beda acabó palmándola pero su discípulo **Egberto** creó la escuela catedralicia de York, donde se formaría la supuesta

principal figura del renacimiento cultural carolingio: **Alcuino de York**.

Y LA OTRA IGLESIA... TAMBIÉN

La irrupción del Islam y las conquistas militares árabes fueron el acontecimiento más revolucionario y sorprendente que afectó a las civilizaciones situadas en torno al Mediterráneo y Asia. En poco tiempo cambió profunda y duraderamente el mapa político de la zona: el Imperio cristiano de Oriente se veía reducido, así, a poco más de una tercera parte mientras los árabes ocupaban el Norte de África e Hispania.

Y fue en Arabia donde aparecieron los primeros grupos dirigentes capaces de imponer a la fuerza sus criterios religiosos amparándose en una supuesta “fe revelada” emanada de un tal **Mahoma** que por aquel entonces empezó a hacer de las suyas por allí.

Pero para entender cómo una religión llega a calar tan hondo en la mentalidad de todo un pueblo no hay que centrarse en los matices del mensaje “divino” sino en las especiales condiciones socioeconómicas e intelectuales del entorno.

Arabia se componía, por un lado, del mundo del gran comercio, las caravanas y los núcleos urbanos y, por el otro, de los beduinos nómadas.

La Arabia del sur participaba intensamente en los tráficos comerciales del Índico y el Mar Rojo sucediéndose, en el Yemen, diversos reinos al calor de aquella actividad y muy receptivos a cualquier novedad religiosa que les permitiera creerse lo majos que eran.

La Meca prosperaba como nudo de caminos entre Siria y Yemen y pronto se convirtió en foco de semisedentarización donde la tradicional vida nómada del beduino empezó a chocar con los nuevos valores sociales promovidos por los dueños de los

negocios, en especial el clan de los ‘**Abd Šams** (futuros **Omeyas**) que acabarían desplazando al clan de los **Ibn Hašim** (**Hachemíes**) al que perteneció **Mahoma**.

Las desigualdades económicas y el desarrollo del espíritu de lucro empezaron a crear un estado de inquietud social y crisis moral (¿les suena?) proclive a aceptar nuevos mensajes religiosos que pudieran llenar tanto “vacío” existencial.

Frente al lujazo de unos pocos aparecía una sociedad beduina nómada organizada en tribus, de unos tres mil individuos, y unidos entre sí por los típicos lazos de sangre que tanto gusta a los mediterráneos. Eran tan mediterráneos que no soportaban organizaciones supratribales y la mujer se encontraba, cómo no, en un discreto segundo plano... a la altura de las cabras y chozas que pudiera tener el listo de turno.

Y eran tan primitivos que vivían en un eterno estado de violencia dato que justifica por qué el novísimo Islam tenga que echar mano de argumentos guerreros cuando intenten ganárselos para la causa los ricachones.

Porque ricachón fue **Mahoma** cuando el 16 de julio de 622 emigró a Medina (le llaman *hégira*) e inició el calendario islámico. De su vida anterior sólo sabemos que pertenecía al clan de los **Hachemíes**, que se casó con la hija de un rico mercader, **Jadiya**, y que participó activamente en los negocios caravaneros de su mujer.

La revelación de la Palabra y su “recitación” (*Qur’ān*) tuvo lugar, según testigos presenciales, de forma súbita y dolorosa por culpa del arcángel **Gabriel** entre los años 610 y 612. Pero **Mahoma** tardó en difundirla públicamente. Sólo lo hizo en medios familiares próximos y de forma casi privada, aunque sus ideas molestaron sobremanera a los ricos mercaderes de La Meca que pronto reaccionaron desterrándolo a Medina (*Yatrib*).

Allí formó la primera comunidad islámica con capacidad para aglutinar a varias tribus aunque fuera pagando el precio de mantener las viejas costumbres autóctonas: continuas razzias y guerras, obtención de botines, eliminación de grupos inasimilables como el judío, y demás lindezas que mantenían entretenidos a los pobres seguidores mahometanos.

La cosa le fue tan bien que prácticamente todas las tribus del desierto arábigo acaban aceptando, acojonadas, la nueva fe y, con ella, formas inusitadas de paz interior derivadas de la ausencia de enemigos previamente masacrados.

Paralelo a estos bonitos gestos pacificadores se va transmitiendo el concepto de “sumisión a Dios” (que es lo que realmente quiere decir “Corán”) a través de los versículos coránicos.

En ellos se va claramente que ésta es una religión *abrahámica*, al considerarse descendientes del gran patriarca a través de **Ismael** y a la que habían pertenecido, encima, **Moisés** y **Jesús** (casi *ná*) de modo que, en sus convicciones más íntimas, se sienten obligados a culminar en la fe islámica los mensajes judío y cristiano.

El Islam es, por lo tanto, una religión monoteísta que presentó atractivos filosóficos hasta para los monofisitas¹¹⁹ de la cercana Constantinopla. Además, el ritual de su práctica era tan sencillo y cutre que hasta las mentalidades religiosas más primitivas lo acogieron con satisfacción: oración, ayuno, limosna y una peregrinación turística a La Meca.

¹¹⁹ Monofisismo (De *mono-* y el griego *phýsis*, naturaleza). Un rollo de doctrina teológica que no reconoce dos naturalezas distintas en **Jesucristo**, la divina y la humana, sino una sola naturaleza teándrica. El monofisismo, doctrina elaborada originariamente por **Eutiques** en el siglo V, representó la oposición de la mentalidad semítica (siriaca) frente a la helenización de los dogmas cristianos. Las actuales iglesias monofisitas (Armenia, Eriópica y Copta) son seguidores del monofisismo de **Severo de Antioquia**.

Incluso el puñetero *yihad* ese (o “Guerra Santa”) no era de obligación vinculante, sino deber genérico de contribuir a la expansión de la fe.

Pero cuando el artífice de tanto follón la palma es cuando aparecen, como siempre, las ambiciones y tensiones ocultas que su propia presencia anulaba. Tanto dieron por culo que se vieron obligados a dar por zanjado un asunto muy serio: la revelación había concluido con la muerte de **Mahoma** y ningún listillo podía seguir con el cuento. De esta forma se nombraba a un sucesor (*califa* quiere decir eso), **Abū Bakr**, que se debía limitar a ser guía de la comunidad y ejecutor de la ley religiosa. Y punto.

El que, desde entonces, se corrieran por ahí como locos sólo se explica desde la perspectiva ambiciosa de los califas y no desde el contexto interpretativo de los versículos. Llegaron a Siria, Mesopotamia, Persia y Palestina ante la pasividad judaica y monofisita entrando en Jerusalén y declarándola, desde entonces, segunda ciudad santa después de La Meca.

En Egipto la cosa fue asombrosa: en 640 montaron un discreto campamento fortificado cerca de lo que más tarde será El Cairo y, dos años más tarde, se ventilaron Alejandría.

A estos sorprendentes resultados colaboró la actitud de los invadidos (como cuando Roma cayó en manos de los bárbaros), la flojera interna de los antiguos imperios, la cantidad de populacho que aceptó El Corán y la impresionante movilidad estratégica de los beduinos frente a la estática defensa enemiga.

Pese a los notables resultados obtenidos surgieron innumerables luchas intestinas entre facciones interesadas en apuntalar bien sus negocios maquillándolo todo, eso sí, con peregrinos argumentos de fidelidad a **Mahoma**.

El más hábil en estos menesteres de esconder sus intereses tras un manto religioso fue el gobernador omeya de Siria, **Mu’áwiya**, quien venció en 656 una guerra civil (“la

batalla del camello”) que le dejó el camino expedito aun con una fuerte oposición organizada que le dará más de un susto.

Este muchachote imprimió una orientación nueva al califato poniendo mayor empeño en su condición de autocracia política para atender así a las necesidades gubernativas de un vastísimo y heterogéneo imperio.

Supo rodearse de un consejo con representación de diversas tribus e implantó el principio de superioridad autocrática resolviendo lo de la sucesión designándolo en vida, al modo bizantino.

Otro omeya que le siguió en el cargo, y digno de ser mencionado, fue ‘**Abd al-Mālik** (685-705) a quien se le debe la conversión del árabe en lengua administrativa común y la acuñación de la primera moneda.

Y un tal ‘**Umar II** (a partir de 715) que desarrolló una importante reforma fiscal adscribiendo el impuesto territorial a la tierra, al margen de la religión del propietario. De esta forma la religión dejaba de ser obstáculo para la recaudación de impuestos (que es lo importante) dejando los “matices” coránicos para los cuatro sacerdotes de turno.

Los omeyas continuaron con las conquistas para acallar el fuerte descontento interno que existía (sobre todo en Irak) conquistando Chipre e intentando ventilarse una Constantinopla que empezaba a espabilarse de nuevo.

El fracaso del asedio a los *constantinopolitanos* (o *constantinopolitanienses*), en el año 717, y la detención de las conquistas en Hispania y sur de Francia, entre 722 y 732, marcaron el final de la gran expansión del Islam clásico.

La dinastía omeya no logró sobrevivir a estos fracasos militares y el movimiento ‘*abbasí*, los *hachemíes* (opuestos a algunas lecturas religiosas de los que mandaban) y el mosqueo latente en Irak provocaron un impresionante follón en 746 (la

batalla del Gran Zab) que acabó aupando al poder a unos cuantos abbasíes interesados en forrarse ahora ellos.

Para ocultar sus oscuros intereses pecuniarios trataron de inventarse alguna figura que aglutinara la jefatura religiosa y el poderío militar. Fue así como algún listillo pensó en legitimar las nuevas familias dirigentes más violentas autoproclamándolas “de dinastía bendita” y tocada de la gracia divina frente a la supuesta impiedad de los omeyas (hasta cambiaron el color dinástico blanco por el negro para dejar clara la diferencia ideológica ante el pueblo).

Pese al empeño puesto en la empresa no lograron acabar con todos los omeyas y uno de ellos, ‘**Abd al-Rahmān**, logró refugiarse en el lejano Al-Andalus en 756 dispuesto a poner en marcha otro reino independiente aprovechando el escudo que suponía en El Magreb unos cuantos enemigos de la nueva dinastía.

Pero los musulmanes, al igual que los cristianos europeos, cayeron en el mismo comportamiento violento y mezquino que siempre ha caracterizado a los humanos: aparecen las luchas entre grupos en cuanto deja de existir una empresa y enemigo común.

En 836 el califa **al-Mutasin**, se ve obligado a abandonar una insegura Bagdad y se instala en Samarra donde encuentra más de lo que pretendía evitar: la guardia palatina turca (los *mamlūks*) le vuelven a hacer la vida imposible con sus exigencias políticas y empiezan a florecer gobernadores independientes que ignoran literalmente el poder religioso-político del califa.

La disgregación del Islam estaba servida.

Estos musulmanes con tendencias agresivas similares a la de sus hermanos europeos fueron capaces, sin embargo, de crear una auténtica institución social que no conviene dejar pasar por alto: el harén.

Este término, procedente del “*harem*” árabe, significa etimológicamente “cosa prohibida o sagrada” y tiene un innegable interés antropológico en la medida en que en él se reproduce la misma estructura social que en los rebaños: la totalidad de las hembras estaban sometidas bajo el dominio de un solo macho, el más poderoso.

El nombre está, además, íntimamente ligado a otras instituciones sagradas algo más antiguas procedentes de la cultura... judía. Sorprendentemente, es en este pueblo ultraconservador donde encontramos los primeros modelos de prostitución religiosa donde se mezclaba el concepto de fidelidad al Dios de Israel con la disponibilidad sexual de las mujeres en el templo. Y si retrocedemos algo más nos daríamos de bruces con el término acadio “*harimtu*” que significa prostituta.

Es curioso observar cómo mientras en Occidente se recurría al enclaustramiento religioso de un gran contingente de mujeres para sustraerlas de la actividad reproductora (se “casaban” con Dios), en el área musulmana se producían también notables encerramientos de mujeres pero esta vez para un “dios” terrenal más palpable: el califa de turno, hipotética encarnación terrestre del poder místico que veneraban.

En el harén se encontraban:

- *La reina madre*. Madre del sultán de turno, soberana del harén.
- *La favorita (bas haseki)*. La preferida del sultán y la que le daba el primer hijo macho, heredero del trono.
- *Las Ikkal*. Mujeres oficiales del sultán, cuyos hijos eran considerados príncipes y princesas. Habían de ser de cuatro a siete.
- *Concubinas (odaliscas)*. Mujeres jóvenes que ocupaban la cama del sultán y a las que se les autorizaba tener hijos con éste.

- *Gözde*. La más joven esclava del harén autorizada a pegarse el lote con el sultán
- *Eunucos negros*. Niños traídos de Sudán y Abisinia que eran castrados con métodos particulares para hacerles guardianes del harén. El *kizlaragasi* era el cabecilla encargado de la seguridad y selección de esclavas.

LO FÁCIL QUE RESULTA PELEARSE

La Europa ya catolizada siguió a buen ritmo su consolidación como entidad común con el ascenso de los carolingios en su particular *regnum francorum*.

Pero pronto una manada de lombardos (podían haber sido de cualquier otro sitio) les da por indignarse ante una extravagante paranoia del imperio Bizantino constantinopolitano: un tal **León III**, emperador de Oriente, decidió prohibir, porque sí, el uso y culto de los iconos agarrándose a los principios monofisitas de que la representación gráfica de Cristo era todo un sacrilegio.¹²⁰

Inventada la estupidez de turno el resto es fácil de suponer: se liaron a guantazos consiguiendo Rávena “para la causa” mientras Bizancio se tenía que contentar con el sur de Italia y Cerdeña.

¹²⁰ A decir de algunos historiadores, **Leon III** tuvo que hacer eso para contentar a los judíos y musulmanes que militaban en sus ejércitos. Para éstos, las manifestaciones escultóricas y pictóricas de Dios eran pura idolatría puesto que se negaban a sí mismos la potestad de representar a Cristo dada su naturaleza divina. Los iconoclastas contaron con grupillos de “intelectuales” que defendían la idea con argumentos más o menos peregrinos, mientras los otros se hicieron fuerte en Occidente con el apoyo interesado de la Iglesia romana. Esta tontería es el origen del primer alejamiento formal de las dos Iglesias, la griega y la latina.

La pelotera fue de tal calibre que pronto ambos bandos se reafirmaron en sus intransigentes posturas: mientras los “amigos de pintar a Cristo” pedían ayuda a los carolingios y condenaban la herejía (andaban tan acojonados los curas que el papa **Esteban II** se fue llorando al rey franco de turno pidiendo protección); los “amigos de no pintar a Cristo” se dedicaron a perseguir y martirizar a los defensores de las imágenes (sobre todo el mencionado emperador **León III** y un tal **Constantino V Coprónimo**).

Pero **Pipino el Breve**, el rey franco que tuvo que bregar con el asunto, no se metió en él de buena fe sino impelido por una increíble artimaña de los curas que aún hoy causa carcajadas en los pasillos de El Vaticano: la llamada “falsa donación de Constantino”.

Fue una tomadura de pelo en la que cayó la corte de **Pipino** gracias a la enorme diferencia intelectual que separaba a los astutos curas de unos políticos de medio pelo aún incapaces de poner en duda las “verdades” religiosas del papado.

Según los curas **Pipino el Breve** era rey en la medida en que había sido investido por ellos, como hicieron con **Constantino**; pero en esta ocasión aportaron un sospechoso documento datado en el siglo IV donde se describía cómo el papa **Silvestre I** había curado de la lepra al mismísimo **Constantino**, y cómo éste, en eterno agradecimiento, había renunciado a su título imperial para “entregárselo” al papa. El documento relata más adelante el fraternal gesto papal de negarse a aceptar el título e investir a **Constantino** rey. **Constantino**, abrumado, dejó todo el Imperio occidental en manos del papa y se fue a Oriente a crear el Imperio bizantino.

De esta forma los curas se erigían por fin, con “documentos históricos”, en responsables de Occidente y padres indirectos del de Oriente.

Semejante patraña no resiste ningún análisis hoy en día pero el devoto **Pipino** se vio obligado a realizar un par de campañas en Italia para restituir a los curas todo su poder territorial. Nació así el patrimonio pontificio en la forma que conservará hasta nuestros días.

Pero pocos años más tarde **Pipino** se empeñó en seguir a rajatabla su apodo y cedió un vasto imperio europeo a sus dos hijos que se encargaron de destrozarlo como viene siendo habitual. Uno de ellos, **Carlos**, acabará quedándose con todo el reino gracias a una de estas típicas chorras que tienen algunos sin proponérselo.

Había nacido **Carlomagno**.

Este muchacho, a quien muchos poderes conservadores aún se empeñan hoy en día en venderlo como el primer estadista interesado en unificar Europa tuvo que soportar, insistentemente, a los pegajosos obispos del Pontificado empeñados en no perder su protagonismo en la historia.

A regañadientes **Carlomagno** intervino en Italia, como su padre, en 773 respondiendo a un petición del papa **Adriano** que estaba siendo amenazado por el rey lombardo **Desiderio**.

Visto lo bien que se le daba al rey franco lo de ganar batallitas y las ganas que tenían los curas de desmarcarse del poder bizantino, decidieron estos últimos empezar a darle tontos títulillos que lo vinculara a la causa católica sabedores éstos de que Bizancio, en el otro lado de Europa, estaba acogiendo en su seno a muchos refugiados lombardos tras la invasión y que, tarde o temprano, se produciría alguna pelotera gorda.

En el último decenio del siglo VIII, **Carlomagno** era ya la cabeza política de toda la cristiandad occidental con lo que el Imperio de Occidente (tan anhelado por los curas) podía resucitar bajo su trono pese a que no era esa su idea ni parecía muy atraído por la causa.

Sin embargo, muchos datos apuntaron hacia este papel: por un lado el acceso al trono bizantino de una mujer, **Irene**, que en una sociedad tan machista daba a entender que el trono estaba vacante; por otro, pensadores del momento como el ya conocido **Alcuino de York**, que asociaba ya “lo carolingio” con “lo cristiano”; y, cómo no, los pontífices romanos, quienes no dudaron en embarcarse en una arriesgada empresa autoproclamándose ellos mismos como los únicos capaces de designar emperador en Occidente suponemos que por la gracia de Dios (gracias a la ya mencionada “falsa donación de **Constantino**”).

Carlomagno no tardó en percatarse de la cantidad de intereses católicos que quedaban ligados a su persona y aceptó la coronación imperial el 24 de diciembre de 800 mediante un sutil cambio en el rito bizantino propuesto por la curia romana a raíz de la inventada “donación”: primero el cura/papa de turno le ponía la corona y luego se le aclamaba, no al contrario como hasta ahora. Así parecía que el pueblo aceptaba lo que la curia decía.

Con la putada “escénica” que le hicieron los curas a **Carlomagno** el pensamiento eclasiástico creía haber logrado, por fin, una simbiosis entre realeza y doctrina cristiana (la tan anhelada “ciudad de Dios” agustiniana) dedicándose a ir por ahí diciendo que los francos eran la continuidad del pueblo elegido por Dios.

Carlomagno, con todo, entró bien en el juego y se dedicó a nombrar obispos, intervenir en la reforma del clero, combinar las conquistas militares con las evangélicas, proteger al papa y demás cosas importantes.

Pese a esta técnica victoria “curil” el Imperio recién asentado volvía a sufrir el caos sucesorio de siempre. El poder recayó en un endeble e influenciable **Luis el Piadoso** (casualmente murieron sus dos hermanos antes del previsible reparto) del que no dudaron en aprovecharse los curas imponiendo fuertes criterios religiosos y llegando, incluso, a humillarlo públicamente mediante una penitencia en Attigny, en 821.

El blandengue sufría impresionantes presiones también desde un grupo pertrechado tras la figura de su señora esposa, una tal **Judith**, que logró cuando los curas lo dejaban en paz modificar a su antojo la herencia imperial destapando, una vez más, el frasco de las disputas sucesorias entre sus hijos **Lotario, Luis, Carlos y Pipino de Aquitania**.

Tanto enemigo en casa dispuesto a comerse vivo a su propio padre no podía traer nada bueno para la unidad imperial y fue así como, en pocos años, Europa vivía una vez más un

Títulos que los papas se han inventado para creerse importantes:

Obispo de Roma

Sucesor del príncipe de los apóstoles

Vicario de Jesucristo

Supremo pontífice de la iglesia universal

Sirviente de los sirvientes de Dios

Patriarca del Oeste

Primado de Italia

Arzobispo metropolitano de la provincia romana

Soberano de los Estados Vaticanos

siempre entretenido proceso de disolución territorial que acabó cargándose la idea de título imperial como fuerza política aglutinante.

La paulatina descomposición del reino (los únicos interesados en mantenerlo eran los curas) toca fondo en 888. El territorio llega a descomponerse en media docena de monarquías con sus follones, *puñalás* y eso, complicando sobremanera el trabajo embaucador de la Iglesia que se veía impelida a lidiar con innumerables poderes territoriales.

El pontificado pasó una difícil época privado de sus apoyos externos habituales llegándose a suceder hasta diez pontífices en ocho años a base de intrigas y demás guarradas típicas de los tíos importantes¹²¹, lo que no obsta para que Roma siguiera siendo centro de un hipotético prestigio religioso a costa de un poder civil totalmente sumiso.

¿CÓMO ANDABAN LOS EXTRARRADIOS?

Al margen de los impertinentes musulmanes merodeando el Mediterráneo en plan pirateo (los sarracenos llegaron a saquear Ostia en 846 y alcanzar Roma) y los anglosajones empeñados en organizarse a su bola (**Offa** se inspiró en modelos carolingios acuñando, por primera vez, el *penny*); los únicos que merecen la pena reseñar son los aguerridos vikingos que no tardaron en dejar su impronta en Europa.¹²²

¹²¹ Por ejemplo, a partir del año 904, el poder estuvo en manos de **Teofilacto** a quienes se agarraron como caparras los papas del entonces. Uno de ellos, **Sergio III**, tuvo como amante a la hija del emperador, **Marozia**, y dio como resultado un bonito retoño que, con el tiempo, fue nombrado también “beato” con la hipócrita solemnidad que los caracteriza(ba): **Juan XI**.

¹²² El significado de la palabra *viking* ya nos pone en antecedentes de este pueblo: “expedición lejana” o bien “pirata” (*vikingr*). En Al-Andalus se les llamaría, también, *machus* (“adoradores del fuego”).

Su particular recorrido existencial les llevó a dividirse en tres ramas históricas que han perdurado hasta nuestros días: los daneses (controladores de los estrechos bálticos), los noruegos (vividores de la pesca y organizados en multitud de pequeños reinos independientes esturreados por los fiordos) y los suecos (una minoría ricachona que vivía mejor que sus convecinos).

La organización primitiva de los escandinavos tiene cierto interés para tratar de entender la manía vikinga de ocupar Europa: era una sociedad basada en un concepto de familia “amplia” (con numerosos compromisos de sangre entre ellos) y que provocaba que muchos pintas descontentos con los lazos creados y ambiciosos se fueran por ahí (en grupos de trescientos o cuatrocientos) a la búsqueda de riquezas necesarias para consolidar o mejorar su poder. Una técnica que recuerda mucho al estilo usado por los colonos griegos y a ciertas especies de mamíferos que, en su “animalidad”, la siguen usando.

Actuaban sin plan previo y tardaron poco en descubrir lo bien que se vivía matando gente y quedándose con el botín de unos europeos poco dados a la resistencia activa.

Las expediciones escandinavas surgieron durante los siglos IX y X imprimiéndole los noruegos un vertiginoso ritmo descubridor llegando a alcanzar, quinientos años antes que nuestro católico **Cristóbal Colón**, tierras americanas para disgusto de más de un hispano egocéntrico.

A los españoles, eso sí, no se nos puede quitar el mérito de haber esquilado, arrasado y expoliado todas las riquezas americanas camuflándolo tras una supuesta “misión civilizadora” y que abordaremos en profundidad en otra ocasión cuando hablemos



Ilustración 21. Monumento a Erikson erigido en Norteamérica para conmemorar que fueron primeros los vikingos.

exclusivamente de la triste Historia de España.

Pero estos primeros contactos intercontinentales no era cosa de países católicos tocados de supuestas áureas místicas.

Retrocediendo un poco en el tiempo, las primeras constancias documentales demuestran que el navegante chino **Huei-Sin** llegó al territorio de **Fu-Sang**, o litoral septentrional Americano en el Océano Pacífico, por el siglo V, aseveración que, lamentablemente para los historiadores objetivos, no ha podido ser contrastada con informaciones procedentes de otros lugares.

Sin embargo, sí está demostrado científicamente que los primeros europeos en llegar a América fueron los citados

vikingos, en 982, cuando **Erick el Rojo**, que había sido desterrado de Islandia, se dirigió hacia unas desconocidas tierras de las que sólo había escuchado rumores entre sus compadres.

Emprendiendo su viaje se topó con un frondoso litoral verde del que **Erick** quiso convertir en tierras vírgenes para favorecer la migración de otros colonos y crear un nuevo reinado. Decidió llamarlo “Tierra Verde” (*Groen-landia*) a donde arribó, años más tarde, un muchachote rudo y aventurero llamado **Günnbjörn** quien, en un viaje entre Groenlandia e Islandia, sufrió un pequeño despiste y divisó al Oeste un inmenso litoral con más bosques (año 1001 de nuestra era cristiana).

Al escuchar esta impresionante historia **Leif Erikson**, decidió organizar una misión colonizadora poniendo rumbo suroeste hasta toparse, de bruces, con tierras canadienses.

La intensa actividad vikinga en América continuó con los hermanos **Leif**, **Thorwald** y **Thortein** a quienes se les ha de agradecer la primera matanza contra nativos indígenas (año 1004) que se saldó con la muerte del primero.¹²³

A éstos les sucedió otra expedición dirigida por **Thorfinn Karlsevne**, que se adentró más hacia el noroeste hasta dar con una inmensa llanura de hielo y piedras que denominó *Helluland* para continuar hacia el sur hasta *Markland*, donde encontraron numerosos riachuelos y abundantes salmones.

Fue un viaje digno de ser recordado ya que **Karlsevne**, un joven de familia real rico y poderoso que tuvo la suerte o desgracia de casarse con la viuda de **Thortein**, acabó recorriendo América por culpa de la comedura de tarro de su señora esposa. Su periplo hacia esas tierras se inició en 1007 ya mucho mejor equipados encontrando “*inmensos terrenos donde apenas caía nieve y el ganado podía pastar*”.

¹²³ Por cierto, un intento de **Thortein** de recuperar el cadáver de su hermano provocó que éste también muriera en esas tierras regresando, únicamente, su mujer **Gudrida**.

Pero no acaba aquí la curiosa historia casi ocultada del descubrimiento de América... existen muchas evidencias que demuestran que los musulmanes españoles y norteafricanos llegaron a esas tierras al menos cinco siglos antes que **Colón**.

A mediados del siglo X embarcaciones musulmanas navegaron hacia el oeste del puerto español de Palos (*Delba*) hacia el "océano de la oscuridad y la niebla" (así



Ilustración 22. Mapa del turco Piri Rei (1513) donde describe una geografía tan exacta del nuevo continente que figura hasta los Andes (los españoles lo descubrirían en 1527). Curiosamente aparece tierra firme en un Antártico que lleva sepultada por el hielo desde hace seis mil años. Muchos sospechan que Colón contó con una copia.

llamaban al Océano Atlántico) volviendo tras una larga ausencia y asegurando haber visto una tierra "extraña y curiosa".

Documentos históricos de **Al Masudi**, historiador musulmán, y de **Al Hussain de Abul Hassan**, geógrafo, confirman que durante el período 888-912 el navegador musulmán **Khash Ibn Saeed Ibs Aswad** navegó cruzando el Atlántico hasta llegar a un territorio desconocido de donde trajo fabulosos tesoros.

Al poco, otro navegador **Ibn Farrukh** partió desde *Kadesh* en febrero de 999 hacia el oeste donde vio y nombró dos islas nuevas *Capraria* y *Pluitana*.

Como detalle de las posibles relaciones interculturales entre los pueblos sudamericanos precolombinos y los musulmanes podemos reseñar un dato aportado por el propio **Cristóbal Colón**: cuando arribó a las Bahamas los indígenas llamaban a su isla "*Guanahani*", palabra compuesta de origen mandinka (africano) del término "*Guana=Ikhwana=hermano*" y "*hani=nombre propio árabe*". Para los autóctonos ellos eran "hermanos de un Hani" procedente del este.

No estaría de más relacionar todos estos documentados hechos con la lamentable decisión de los Reyes Católicos de quemar y destruir todos los documentos existentes sobre el "nuevo descubrimiento" reescribiendo así la Historia al antojo de unos pocos.

BIZANCIO. EL IMPERIO DE ORIENTE

En Bizancio la familia que mejor se lo montó inventándose excusas para mantenerse en el poder fueron los sucesores de **Heraclio**. Para ello tuvo que vérselas con los árabes, los eslavos y los búlgaros; a la vez que se sentían obligados a romper con el modelo organizativo heredado del Imperio romano.

Pero este enfermizo interés por aguantar asido al sillón de mando no les impidió tener que ir reconociendo pérdidas territoriales a manos de musulmanes (antesala de las

famosas cruzadas) que ya nadie recuperaría, como Egipto y Alejandría, dada por perdida por **Constante II** en 646.

Los problema se sucedían con celeridad y pronto los búlgaros, otro pueblo con crisis de identidad y de raíces turcas, se acaban agarrando con uñas y dientes al Danubio sin que el ejército bizantino sea capaz de largarlos, obligando a Bizancio a reconocer su existencia dentro de su propio territorio.

El morro de la familia de **Heraclio** mantuvo a cinco emperadores sucesivos en el poder:

Heraclio

Constantino III, hijo del anterior

Constante II, nieto del susodicho

Constantino IV, hijo del nieto del susodicho

Justiniano II, hijo del hijo del nieto del susodicho

Pese a todo, las posteriores épocas de **Constantino IV** y **Justiniano II**, fueron decisivas para la supervivencia de este maltrecho Imperio... Afortunadamente para ellos ya no existía el follón pseureligioso del monofisismo (todas las provincias promonofisistas habían abrazado entusiasmadas a los árabes) lo que les permitió reunirse en un bonito concilio en Constantinopla para afirmar, alegres y contentos, su identidad política como

“Iglesia ortodoxa griega” frente a los infieles musulmanes y europeos occidentales.¹²⁴

De los próximos cuatrocientos años de Bizancio tan sólo es interesante reseñar el fuerte vínculo religioso y político que establecieron los sucesores de la dinastía “heracliana” (la nueva dinastía macedónica) con los rusos y las victorias

¹²⁴ Y, de paso, prohibieron prácticas paganas y “reprobables para la moral” como los sacrílegos carnavales, la ofensiva vendimia y los indignantes pasos sobre la hoguera en noches de luna nueva.

técnicas que lograron sobre los búlgaros, ampliando su radio de influencia a Serbia y Croacia (casi en el corazón de la Europa occidental, para mosqueo católico).

En 957, además, la princesa **Olga** de Kiev abrazaba feliz el bautismo ortodoxo abriéndose una vía permanente de influencia religiosa sobre el pueblo ruso.

Sin embargo, el problema de consolidación de esta nueva dinastía no estaba, como casi siempre, en el exterior sino en una aristocracia interna opuesta a las reformas de **Basilio II** empeñado en quitarles poder limitando las concentraciones agrarias (una excesiva acumulación de tierras podría acabar en estado independiente).

Lamentablemente, **Basilio II** necesitaba de la colaboración del cabecilla de las aristocracias: **Nicéforo Focas**, dada su innegable popularidad al haber logrado recuperar tierras perdidas tres siglos y medio antes.

Los “focas” no eran tontos y supieron aprovechar ese poder para sublevarse en Asia Menor exigiendo un grado de independencia inadmisibles para cualquier Estado. Bizancio tuvo que echar mano de la amistad con los rusos para acabar con ellos pero, al poco, las catástrofes políticas se sucedieron con una rapidez pasmosa...

El poder acabó decantándose hacia la vieja y rancia aristocracia territorial (tan temida por el difunto **Basilio**), apoyados por un ejército de mercenarios que se dedicaron a dar golpes mientras, en el exterior, la cosa no las pintaban mejor: normandos conquistando los restos bizantinos en Italia, húngaros apoderándose de Belgrado y turcos corriéndose por Asia Menor sin encontrar resistencia.

Total, un fracaso.

Con semejante panorama merodeando las fronteras bizantinas era de esperar que, cuando los latinos europeos anuncien las cruzadas, éstos acaben dando cobijo a los

cruzados a pesar del recelo despertado entre los normandos refugiados en Constantinopla. El chachullo era evidente: a cambio de acoger a tanto loco místico empeñado en recuperar tierras a los infieles musulmanes, los reinos europeos debían entregar todos los territorios perdidos por los bizantinos a manos árabes..

Pero este acuerdo ya delataba que Constantinopla no era más que una sombra de su propio pasado.

Y es en estos momentos críticos para cualquier Imperio donde siempre nos veremos obligados a echarle un vistazo a los movimientos económicos que se enfrentan. Y, curiosamente, vuelve a aparecer en escena (sucederá mucho en adelante) el estilo osco y mezquino de los mercaderes occidentales.

Efectivamente, la feudalización económica imperante en el Imperio bizantino no pudo competir contra un enemigo hartamente efectivo e impregnado de unos valores mercantiles que no se andaban con chiquitas a la hora de pactar acuerdos con quien hiciera falta, con tal de obtener pingües beneficios.

Pronto la producción agraria bizantina acabó sacrificada en aras de una extranjera mucho más barata gracias a las exenciones fiscales que los europeos conseguían en sus negocios con Bizancio, como el veneciano o el genovés (los dirigentes europeos, con una sorna hartamente conocida, mostraban su preocupación hacia la crisis agraria del Imperio oriental sin hacer nada por evitarlo, al garantizarse así tener en frente un enemigo debilitado).

La reacción popular frente a tamaña injusticia económica, y que estaba generando numerosos muertos de hambre, fue la de expulsar a los venecianos, en 1171, y el asalto contra todo mercader que oliera a europeo en abril de 1182.

Las máximas instancias religiosas y políticas se vieron en la obligación de desterrar de sus valores éticos y morales el estilo occidental, pero acabaron sufriendo un inútil autismo que les impidió encontrar salidas airoosas al problema.

Europa encontraba ahora un momento ideal para recuperar la influencia en toda la zona y ampliar su poder político, militar, religioso y económico.

EUROPA SE NOS EMPIEZA A MERCANTILIZAR

Sin embargo, no todos los europeos veían con buenos ojos este estilo tan barriobajero de hundir al enemigo. Es una época donde empiezan a proliferar estudios opinando sobre la moralidad en la actividad económica esbozándose las primeras normativas éticas sobre el tema. Los aspectos principales de estas ideas legislativas versaron sobre la “usura”, recogiendo una larga tradición bíblica contra el préstamo a interés, o la conocida tesis del “justo precio”, contraria tanto a los abusos como a los acaparamientos de mercaderías.

Para estos primeros estudiosos de la economía (casi todos eclesiásticos espantados por las consecuencias sobre las personas de este protocapitalismo) el almacenamiento excesivo de productos y riquezas era un acto de “soberbia” que debía combatirse con la redistribución de ésta mediante limosnas y, ¡qué casualidad!, donativos a las iglesias (“*para que los curas –decían- contribuyan a fomentar la circulación y distribución de bienes*”).

El caso que los feligreses le hicieron tuvo que ser grande a tenor de los resultados obtenidos por la gran propiedad eclesiástica: se calcula que en Galia y Alemania llegaron a poseer el cuarenta por ciento de todas las tierras cultivadas.

La presión sobre el campesinado rozó el exterminio y, al igual que en Bizancio, el pueblo llano estalló en

innumerables revueltas poco estudiadas todavía como la de los colonos de Antoinne, en 801, contra el monasterio de San Martín de Tours; o el conflicto del lago Como frente al convento de San Ambrosio de Milán, entre 882 y 957.

En 966 tuvo lugar un alzamiento de campesinos en Normandía, muy violento pero mal conocido, contra la pretensión señorial del duque **Ricardo II** de privatizar los antiguos usos comunales de bosque, pasto y caza.

Una vez más se volvía a repetir una ya familiar lucha de clases entre unos colectivos fuertemente enriquecidos y otros, prácticamente, muertos de hambre.

El tándem Iglesia/ricachones se repartía a gusto todos los bienes y usufructos existentes en Europa gracias a una extraña (pero muy habitual) confluencia de intereses entre el poder terrenal y las excusas místicas.

Los valores éticos de la Iglesia se veían duramente puestos en entredicho no tardando en aparecer en escena los curas con satisfactorias relaciones sexuales (el llamado “nicolaísmo”), y no precisamente onanistas; y el intercambio de favores de todo tipo a cambio de beneficios materiales y/o, claro está, carnales (la “simonía”).

La caída de los curas en tanta golfería fue acompañada de una increíble incapacidad teológica por poner en orden los valores morales heredados del ya caduco Imperio romano. La pobreza de pensamiento eclesiástico entre **San Agustín** y los primeros pensadores del siglo XII es casi total (en todo caso se entretenían discutiendo sobre cómo Cristo estaba presente en las eucaristías y demás vulgaridades propias del cargo).

Para fortuna del clero, el populacho seguía la línea inculta que nunca le ha permitido desprenderse de los sermones y aceptaban, al borde de la inanición, el mensaje de “sufrimiento terrenal” que los curas transmitían impidiendo conatos revolucionarios que les quitaran las propiedades (el

destino, para los cristianos, nunca está en manos de uno mismo sino en manos de un poder del que no se tiene control y para el que ya existen los oportunos “intermediarios”).

En cualquier caso la mezcolanza de rituales paganos de corte mágico con los ritos católicos era moneda común entre el pueblo produciéndose un auge espectacular de cultos a vírgenes, santos y reliquias varias (que si el prepucio incorrupto de San Fulanito, que si la baba disecada de Santa Pamplinas, etc.).

La explotación del miedo por parte de quienes detentaban un supuesto “poder” intelectual les permitía canalizar a la gente en masas hacia donde les convenía: no tardaron en inventarse lucrativos negocios en torno a las peregrinaciones a “Santos Lugares” aprovechando el pánico colectivo que generó la llegada del nuevo milenio (¿les suena?).

El único punto de ruptura con el pensamiento popular fue el relacionado con las dichas prácticas sexuales que tanto nos gusta a los humanos. Los curas se empeñaron en legislar sobre ésta inventándose lo de la indisolubilidad del vínculo matrimonial, lo de la monogamia, impedimentos de consanguinidad, el aborto y demás gilipollices moralistas tan formalmente argumentadas con pasajes de La Biblia.

Pese a eso, el comportamiento de la curia era tan escandaloso (lo será peor más adelante, como veremos) que Roma se veía obligada a puntualizar continuamente en sus sínodos el “recto camino” que habían de llevar los clérigos de una puñetera vez:

“2. Los que, perteneciendo a las órdenes ‘mayores’ vivan en castidad.. han de reunirse para comer y dormir al lado de las iglesias a cuyo servicio están, como debe hacerlo los clérigos religiosos, y

tengan en común todo lo que proviene de esas iglesias. Y les pedimos con insistencia que se esfuercen por practicar la vida apostólica...

3. Que nadie oiga misa de un sacerdote del que se sepa que tiene concubina o mujer oculta.

6. De ningún modo un sacerdote o clérigo obtenga una iglesia por intermedio de laicos, gratuitamente o por dinero.

7. Nadie reciba el hábito monástico con la esperanza o promesa de ser hecho abad.

9. Nadie será ordenado o promovido por la herejía simoníaca a ningún cargo eclesiástico.”

Cánones del Sínodo de Roma de 1059

A pesar de todo las condiciones de vida inician una lenta mejoría a partir del siglo X en Europa. Las epidemias retroceden (la tasa de mortalidad se situó en el 40%) y se ven compensadas por el increíble ascenso en el nacimiento de hijos (se dieron casos de ocho a diez hijos por pareja hasta en las clases sociales altas) permitiendo alcanzar la no menos fantástica media de edad de 35,3 años entre la población europea.

Tanto esfuerzo en la procreación parece que obligó al europeo a tener que localizar animales de tiro que le permitieran distanciarse de la fuerza bruta trasladándola, ésta, a bichos como los caballos, mulos, bueyes y asnos.¹²⁵ Aunque sería el caballo el que acabara triunfando (pobrecito) sobre los bueyes al constatarse que solían avanzar 1,5 veces más deprisa en las tareas agrícolas y que, encima, resistían un promedio de dos horas diarias más de labor.

Fue una época aciaga para los bosques... la Edad Media es la edad de la madera utilizada como combustible y como

¹²⁵ Estos dos últimos propios del Mediterráneo.

material de construcción. De hecho, la serrería era, junto a la forja y al molino, uno de los elementos principales en el paisaje tecnológico de la época.

Hasta tal punto preocupó el abuso de la tala que llegó a legislarse sobre la deforestación, a proteger especies vitales para la economía de los países e, incluso, a prohibir las entradas de población indiscriminadas en los bosques (aunque esto último olía más a un intento por controlar asentamientos de forajidos).

Los caminos que unían núcleos urbanos solían estar muy mal cuidados, excepto las rutas importantes como la que conducía a los peregrinos cristianos a Santiago de Compostela. El resto seguían siendo viejas vías romanas jalonadas de amenazantes peajes locales debido a la fragmentación del poder administrativo.

El transporte por carretera, empero, tenía una limitada capacidad de carga encareciendo el precio final del producto si se sobrepasaban los 80~125 kilómetros de distancia.

La opción marítima tampoco servía de mucho al usarse tan sólo la navegación “por cabotaje” (de cabo a cabo) ante la ausencia de instrumentos que permitiera aventurarse más allá de aquél punto crítico donde se pierde de vista el mástil en alta mar. Para ello hacía falta descubrir las propiedades del magnetismo y aplicárselas a la brújula y en eso, los chinos, nos adelantaron en unos cuantos siglos (al parecer las referencias más antiguas en China de este instrumento se remontan al siglo IV adC).

En Europa, la cosa es más lenta y el primer dato constatado de uso práctico de la brújula es de 1190, en *De Naturis Rerum*. El invento chino llegó a través de los “infiel” árabes con el cálculo del verdadero meridiano terrestre norte/sur, establecido por primera vez por **Chiu Yun Han** en 880 y conocido como “Cheng Chen”.

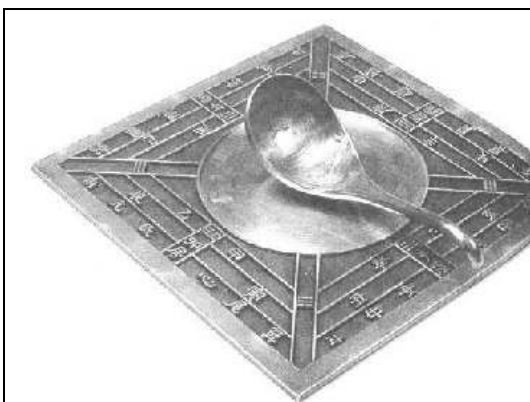


Ilustración 23. Las primeras brújulas chinas no utilizaban agujas. Los "indicadores" tenían forma de concha, pez o tortuga. El círculo central representa el cielo y, la base cuadrada, la Tierra. El extremo de la concha indica el Sur. La base contiene caracteres chinos que señalan los ocho principales puntos cardinales con sus correspondientes símbolos del I Ching que ya no se perderán hasta nuestros tiempos.

EL YUGO DE LOS PAPAS

Con la caída de la dinastía carolingia hicieron acto de aparición numerosos frentes aristocráticos por toda Europa empeñados en acaparar el mayor número de tierras a base de mucha guerra y matrimonios.

Fue así como **Hugo Capeto** es elegido rey de Francia en 987 (a pesar de los carolingios) estableciéndose una línea dinástica nueva dispuesta a incordiar a las viejas guardias de siempre.

Tanta descomposición territorial en el continente acaba provocando la consolidación del feudalismo y una

impresionante exaltación de los valores guerreros al depositárseles, sobre sus espaldas y armaduras, el mantenimiento de las nuevas dinastías territoriales.

Pero los obispos no podían consentir que la pérdida de poder del Imperio carolingio arrastrara tanto control político como había logrado la curia romana.

Y por ello, en cuanto se consolida el gobierno de **Enrique IV** en Francia, empezaron a meter sus narices donde no les importaba para recuperarlo...

En breve, encontraron un argumento que les sirviera de excusa para incordiar: según la Iglesia, **Quique** estaba concentrando demasiado poder en sus manos con la ayuda de algunos duques alemanes (como el de Baviera) y, claro está, eso no lo podía consentir el papa de turno, **Gregorio VII**, así que optó por empezar a dar órdenes a los prelados germanos hasta que algunos de ellos, hartos del Papa, se pusieron del lado de **Quique**.

Gregorio, indignado por el comportamiento de sus súbditos, depuso a **Quique** echando mano del poder que se suponía tenía la Iglesia sobre el poder político; pero éste último no sólo no se negó sino que, encima, invadió los Estados Pontificios y colocó a un “anti-papa” llamado **Clemente III**.

La verborrea literaria usada por **Grego** para largar al mastuerzo de **Quique** no tiene desperdicio:

*“...por el honor y la defensa de tu Iglesia [se supone que le hablaba a San Pedro] en nombre de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, en virtud de tu poder y de mi autoridad, prohíbo al hijo del emperador **Enrique, Enrique IV** que sea alzado contra tu Iglesia con una insolencia inaudita, el gobierno de todo el reino de los teutones y de Italia; desligo a todos los cristianos del juramento que le haya prestado o*

presten y prohíbo que nadie le obedezca como rey... Como ha desdeñado obedecer cristianamente... le ligo, en tu nombre, con el estigma del anatema. Le ligo, basado en la fe de tu poder, para que las naciones sepan y comprueben que tú eres Pedro y que sobre esta piedra el Hijo de Dios vivo ha elevado su Iglesia, contra la que las puertas del infierno no prevalecerán jamás”.

Excomuni3n de **Enrique IV** por **Gregorio VII** (1076)

La Iglesia estaba tan empecinada en imponer sus pensamientos morales al resto de los mortales que le salían conflictos por todos sitios... El más duradero enfrent3 a la curia con el rey **Felipe I** de Francia. En 1092, 3ste, ya casado, tom3 por esposa a una prima hermana suya, **Bertrade de Montfort**, a su vez esposa del conde de Anjou.

Hasta ahora estos follones de alcoba se solían resolver con un discreto asesinato que colocaba al m3s espabilado en condiciones de seguir haciendo lo que le daba la gana. Pero ahora los curas pusieron adjetivos calificativos al perillán de turno para “reconducirlo por el camino del bien”: lo tacharon de incestuoso, adúltero y bígamo por no hacer caso a la palabra papal.

Porque para eso el papa ya había dejado muy clarito en su *Dictatus Papae* qui3n era 3l y qué representaba:

- *La Iglesia romana ha sido fundada sólo por Dios.*
- *S3lo el pontífice romano es llamado universal con justo título.*
- *S3lo 3l puede deponer o absolver a los obispos.*
- *S3lo 3l puede usar insignias imperiales.*
- *El Papa es el 3nico hombre al que todos los príncipes besan los pies.*

- *Le está permitido deponer a los emperadores.*
- *Ningún texto, ningún libro puede tener autoridad canónica sin su autoridad.*
- *Su sentencia no puede ser reformada por nadie, y sólo él puede reformar la sentencia de todos.*
- *No debe ser juzgado por nadie.*
- *La Iglesia romana jamás se ha equivocado y, según el testimonio de la Escritura, jamás se equivocará.*
- *El pontífice romano es, sin duda alguna, santo en virtud de los méritos del bienaventurado Pedro.”*

Con todo, los métodos coactivos siguieron vivos durante los siguientes “quiques” hasta que la alta aristocracia prefirió acercarse a la curia impidiendo que el duque de Suabia, **Federico de Hohenstaufen**, fuera el sucesor legítimo de **Enrique V**. El puesto recayó en un viejo chocho de sesenta años y sin hijos (un tal **Lotario de Supplimburgo**, duque de Sajonia) al que sucedió **Federico I Barbarroja**.

Pero estos tímidos giros hacia las líneas ideológicas del pontificado no acababan de cuajar por culpa de la intransigencia de los gobernantes. Y **Federico I** fue un caso.

Este muchacho no consintió aceptar que su poder procediera de la “gracia” eclesiástica, sino que se autoconsideraba depositario supremo de la autoridad universal.

Empezó así a intervenir en las elecciones episcopales hasta que saltó la chispa en un pueril malentendido: en una traducción apareció el término “*beneficium*”, como definidor de la dignidad imperial que él ostentaba gracias al Papa interpretándose, su reino, como “*lehen*” (feudo) de la Iglesia. Semejante ofensa a su orgullo acabó provocando como respuesta la intervención militar de Roma al considerar, desde

entonces, que los curas no eran más que un “gran obstáculo” para poner en práctica sus ideas imperialistas.

Tomó Milán e impuso unas condiciones que los italianos no aceptaron¹²⁶ haciéndose fuertes en Venecia, Verona y el valle del Po. Resistieron tan bien que **Fede** tuvo que volver en 1166, otra vez, para intentar expulsar de Roma al papa **Alejandro III**.

Pero entre una epidemia que diezmó su ejército (lo creyeron castigo divino) y lo independentistas que salieron los pueblos italianos, **Fede** se vio obligado a negociar cuando cayó antes las milicias milanesas.

Para mayor irritación regia el redivido papado no sólo había salido fortalecido políticamente sino que se había propuesto hundirlo negándose a reconocerle como sucesor y coemperador a su hijo **Enrique**.

Enrique, por cojones paternos, acabó siendo **Enrique VI** y, para seguir con la tradición familiar, optó por tratar de incorporar el reino de Sicilia a su “demoníaca” corona.

La autoridad eclesíastica montó en cólera, puso en marcha todo su “poderoso” aparato sobrenatural (ya se sabe: rezos y velitas a santos) y logró que **Quique VI** la palmara “como Dios manda”.

Con manifiesta celeridad el papa **Inocencio II** se apresuró a inmiscuirse en la sucesión al trono reconociendo a **Otón IV** (contaba con el apoyo francés y rompía la dichosa dinastía de los **Hohenstaufen**) procedente de la saga **Welf**, infinitamente más fácil de pronunciar para los italianos.

La profunda satisfacción personal lograda por el papa tras el espectacular giro que el cambio de saga producía en la vida política europea se fue a tomar por culo cuando **Otón IV**

¹²⁶ Aparecieron miles de tasas de repente: derecho de propiedad sobre la tierra, dominio sobre caminos, ríos y salinas, mostrencos y abintestatos, soberanía feudal sobre los vasallos, cobro del *foedrum* para sufragar gastos militares y tenencia de castillos, control de las multas judiciales y peajes.

recupera viejas ideas anexionistas sobre la península itálica (no conviene olvidar que ese “amor” por tierras italianas se reduce al enorme poder económico que poseían sobre el Mediterráneo) y decide atarcarla de nuevo.

Los curas se asustan (peligraban sus dominios) y deciden que donde dijeron “digo” dicen ahora “diego” optando por excomulgar a **Otón IV** con el apoyo de la aristocracia alemana no representada en su dinastía.

Una vez más volvía a presentarse en el panorama político europeo una situación ya conocida: un monarca contra el papado. Y una vez más los rezos y velitas surten efecto: el rey muere en 1218.

Pero con machacona insistencia la Historia tiende a repetirse cuando el problema se mantiene irresoluble apareciendo otro monarca dispuesto a joder al poder eclesiástico: **Federico II**.

Se dice que **Fede** era ya un “pre-moderno” por su curiosidad intelectual, tolerancia religiosa, capacidad literaria e inmoralidad en su vida familiar y privada. Era un tío inteligente conocedor del latín, italiano, francés, árabe y griego, con gran afecto hacia lo mediterráneo y crítico con la “barbarie” germánica. Gracias a eso se acercó algo a los postulados papales si bien **Gregorio IX** no tardó en excomulgarlo en cuanto dilató su marcha a Tierra Santa en una de las Cruzadas previstas por los curas.

El papado, una vez más, se veía obligado a tragarse sus propias palabras y ahora el emperador era poco más que una acémila:

“...la bestia que surge del mar llena de nombres blasfemos, e infuriando con las garras del oso y las fauces del leon, desformada en los restantes miembros, como un leopardo abre toda la boca para la ofensa del

Santo Nombre sin cesar de arrojar la misma lanza sobre el tabernáculo de Dios y sobre los Santos que habitan los cielos..."

Gregorio IX

La repercusión que tuvo el anuncio de la excomunión sobre el pío emperador fue de tal calibre que, al poco, **Fede** se siente obligado a marchar hacia Jerusalén y recuperarlo para Occidente.

Y los curas rectifican: ahora se le declara "hijo sumiso de la Iglesia".

En paz con Dios tras este nuevo giro eclesiástico se dedica a masacrar cuantos intentos de defección va encontrando por ahí, aunque ello suponga el enfrentamiento con su propio hijo, **Enrique, Rey de Romanos**, a quien llegó a detener.

En una de esas gratificantes y viriles luchas por el control de territorios acaba viéndoselas con la liga Lombarda, amiga de su hijo. Y, mentado territorio italiano, aparecen otra vez los curas dispuestos a opinar y a excomulgarlo otra vez en 1239.

Pero esta vez **Fede** se arma de suficientes argumentos teóricos para no caer en las trampas curiles y defiende su política de ignorar a la Iglesia insistiendo en que ésta debe de cumplir "*los ideales de pobreza colectiva*". De esta forma obligaba al poder eclesiástico a abandonar sus propiedades y dominios temporales en favor del poder civil.

Desgraciadamente, **Federico II** no consiguió aquello que muchos han deseado a lo largo de la increíble historia del poder eclesiástico y el Papado volvió a recuperar el control político de Europa en cuanto muere el emperador (en esta ocasión no se sabe si con la ayuda de los rezos o de recursos

más prosaicos, pero infinitamente más efectivos, como el envenenamiento).

En cualquier caso la Iglesia empieza a tomar conciencia de cuáles son sus verdaderos peligros. Para ella el poder civil debía seguir estando “por debajo” del poder que Dios les otorgaba a los papas y, además, sus representantes en todo el territorio europeo debían someterse a una férrea disciplina emanada de los Estados Pontificios en vista de la golfería imperante entre los curas.

A partir de entonces inician una febril campaña de acoso y derribo contra todos los clérigos simoníacos y nicolaístas¹²⁷, deciden elegir entre los cardenales al sucesor del papa para evitar ingerencias civiles, programan luchas sistemáticas contra los movimientos herejes y se autoreafirman en la idea de que ellos están “*mucho más allá del poder político temporal de las monarquías*”.

Todo esto suponía una auténtica concentración de poderes y un grado de centralización jamás alcanzado hasta entonces. Su desesperado intento por no morir en el intento les hizo establecer unas directrices casi suicidas que produjo un colosal enfrentamiento con los emperadores europeos.

En los últimos doscientos cincuenta años nadie había osado toser a los emperadores europeos y si aguantaban las impertinencias de los curas era sólo por el intento conjunto que tenía Europa occidental de definirse con respecto a un Imperio bizantino ya caduco.¹²⁸

¹²⁷ **Humberto de Moyenmoutier** llegó a escribir en sus *Adversus simoniacos* que eran heréticas e inválidas todas las ordenaciones para cargos eclesiásticos si éstas habían sido hechas por favores materiales o sexuales.

¹²⁸ El poder civil llegó a argumentar que las directrices emanadas de los EEPP rozaban la estulticia ya que el celibato, por ejemplo, “*era excesivo para los límites de la naturaleza humana*”

El único sitio donde no se protestó fue en la Península Ibérica (somos así de “enrollaos” con el poder divino) y en Inglaterra, donde **Guillermo I** aceptó el vasallaje de su reino a la Santa Sede a cambio de impedir injerencias pontificias gracias a un artificio legislativo que le daba al monarca el poder intermedio entre Roma y sus súbditos.

Sin embargo, el artificio dejaba de funcionar cuando a los curas les daba la gana. Por ejemplo, cuando el emperador anglosajón **Enrique II** decidió que su justicia laica podía usarla contra los de la sotana un tal **Thomas Becket**, primado de Canterbury, se niega a obedecerle y al rey “no le queda más remedio” que asesinarlo.

Este síntoma inequívoco de que la curia no iba a aceptar órdenes civiles obligó al papado a organizar su propio control jurisdiccional. Las primeras compilaciones fueron el *Dictatus papae* (setenta y cuatro tomos), el *Decretum* elaborado por **Yvo de Chartres** y su muy difundido resumen denominado *Panormia*, antecedente del de **Graciano**.

La justicia pontificia era tan compleja dada la diversidad de países que, a menudo, se apelaba a jueces locales para que recogieran testimonios (daba igual si eran reales o inventados), desarrollasen el procedimiento a su antojo e, incluso, dictasen la sentencia que les viniera en gana¹²⁹. Eso sí, si el pleito llegaba a Roma se veía en sesiones presididas por el papa aunque más tarde el muchachote pasó del tema y creó el tribunal especial de la Penitenciaría.

¹²⁹ Daban por válida las pruebas “por ordalías” (del franco *urdeili*) o “juicio de Dios”. Venía a decir algo así como que si Dios es capaz de cualquier milagro y, además, es justo, en buena lógica sabrá mandar señales para salvar a los inocentes. La irrefutabilidad de esta afirmación era tal que los jueces consideraban “natural” que el acusado inocente caminara sobre brasas sin quemarse, llevara una barra de hierro al rojo vivo en sus manos o resistiera agua hirviendo en su cuerpo. Si el pobre hombre no podía soportar estas pruebas demostraba su culpabilidad porque Dios no quería salvarlo.

Con semejante escenografía era de esperar una pesada burocracia y, lo que es peor, que a alguno le diera por “desviarse” de las directrices papales y se le ocurriera volver a la pureza de la filosofía cristiana.

Uno de ellos fue **San Bruno**, fundador de la Cartuja, quien se esforzó en recuperar el sentido original del cristianismo asumiendo unas estrictas exigencias de aislamiento y silencio en la vida de sus monjes.

Y otro, **San Bernardo**, gran impulso de los ideales cistercienses (del monasterio de Císter) que obligaba al cumplimiento de las reglas *ad apicem litterae*; rechazando toda riqueza o lujo, incluso la superficialidad de los alimentos, objetos y vestiduras no especificados en la regla, y de casi todas las ceremonias litúrgicas salvo la misa cotidiana.

“...ninguno de nuestros monasterios debe ser construido en las ciudades o junto a castillos y villas, sino en lugares apartados de la frecuentación humana.

Una vestidura simple y de materia rústica, sin piel, camisa de lino, estameña, tal, en fin, como lo describe la regla. La alimentación de los monjes de nuestra orden debe proceder del trabajo manual, del cultivo de las tierras, de la crianza del ganado; nos está permitido, pues, poseer para nuestro uso propio aguas, bosques, viñas, prados, tierras alejadas de la habitación de los hombres del siglo, y animales, salvo aquellos que suelen provocar curiosidad y ser objeto de vanidad más que de utilidad, tales como los ciervos, grullas y otros similares. Para practicar estos trabajos de los campos y esta ganadería y conservar sus frutos, podemos tener granjas, ya cerca, ya lejos, aunque no a más de una jornada de camino, guardadas por conversos.

Nuestra institución y nuestra Orden excluyen las iglesias, los altares, las sepulturas, los diezmos del trabajo o de la ganadería de otra persona, los pueblos, los villanos, los censos sobre tierras, las rentas de hornos y de molinos y otras cosas similares contrarias a la pobreza monástica”

Statuta cap. Gen. Ordinis cisterciensis, 1134

Este movimiento monástico tuvo una increíble repercusión sobre el populacho creyente y fue oportunamente canalizado por la Santa Sede para colonizar y evangelizar nuevas tierras, como en Alemania, o afianzar la filosofía cristiana en otros lugares. Para el papado **San Bernardo** era todo un “salvador” dado que ofreció un modelo alternativo a la golfería dentro de una línea sumisa y obediente que tanto les gustaba.

San Bernardo creía, para alegría del pontificado, que sólo una autoridad firme podía restablecer el orden cristiano, era amigo del feudalismo, defensor de las cruzadas como forma de extender el ámbito de influencia europeo, forofó de las penitencias y con un inusitado fervor hacia el culto a la Virgen.

Con semejantes fantasmas rondándole la cabeza era lógico que su fanatismo le desbordara y se acabara convirtiendo en un elemento de prestigio para el “aparato” eclesiástico; aunque ello supusiera “*un bloqueo por cierto tiempo de la evolución de las estructuras y mentalidades religiosas*” (**Chelini**).

Pero en el siglo XII empezaron a aparecer movimientos heréticos que ignoraron el ideal bernardino, se alejaron de la ideología pontificia y al que había que buscarle solución.

Para el propio **San Bernardo** esos sacrílegos no eran más que una prueba que Dios enviaba a la Iglesia, como antaño

lo fueron las persecuciones de los romanos. Frente a ella no bastaba con defenderse, era preciso atacar y exterminar a los herejes puesto que eran “enfermos”, portadores de una epidemia que podía cargarse el cuerpo eclesiástico.

Realmente estos movimientos no eran más que el resultado de algunos esfuerzos por profundizar en la fe cristiana... pero el *stablishment* eclesiástico no veía conveniente que se pudieran canalizar críticas contra el alto clero, rico y feudalizado.

Y los herejes aparecieron como setas.

Uno de los primeros en sufrir la represión católica fue **Enrique de Lausanne**, del Languedoc, condenado por hereje y recluido de por vida en un convento.

Otro tal **Arnaldo de Brescia** fue condenado por hereje en 1139 pero les salió contestón y se puso al frente de una rebelión comunal romana que le costó caro: lo ejecutaron sin contemplaciones cristianas en 1155 (a sus discípulos les llamaron “pobres de Lombardía”).

O **Pedro Valdo** (o **Vaudes**) que abandonó familia y riquezas dedicándose a mendigar por ahí hasta que la Iglesia lo detuvo por “meterse con el clero”.

Sus doctrinas acabaron en manos de **Bernardo Gui** quien procuró consolidar sus teorías: renuncia a todo bien y al trabajo para adquirirlo, continencia sexual (patológica manía la de esta gente), rechazo del juramento, la mentira, el juzgar, la pena de muerte y la predestinación.

El más folloneta fue un obispo bogomilo llamado **Nicetas** que tuvo la habilidad de darle forma al movimiento cátaro en Lombardía y Languedoc (1170).

Eran conservadores que no paraban de hablar de las Sagradas Escrituras, de la vida piadosa y ascética. Y con estos temas de conversación era lógico que acabaran como acabaron: sosteniendo contra viento y marea que la vida material era cosa

del diablo y causa objetiva del mal, que lo del bautismo era una gilipollez, que los cuerpos no resucitaban y que el objetivo de la vida de los hombres no era otro que *“el bien y la virtud separándose absolutamente de la materia creada por el demonio, tomando como modelo la vida de Jesucristo”*.

Eran puros y perfectos (según ellos, claro), vivían en castidad y pobreza pero, para desgracia de ellos mismos se organizaron tan bien que se les echó encima todo el poder represor de Nuestra Santa y Casta Madre Iglesia.

El abad **Arnaud-Amairic**, encargado por **Inocencio III** de liquidar el movimiento dejó muy claro los métodos que debían usar los militares al servicio de la Santa Sede: *“Matadlos a todos, que en el cielo Dios sabrá reconocer a los suyos”*. Y así hicieron con todo cátaros que se le puso por delante no sin antes violar, saquear e incendiar los pueblos por donde pasaban. Cuando el “encarguito” concluyó (1209) volvió a escribir al papa: *“La venganza divina –afirma- ha sido maravillosa. Los nuestros no respetan ni el rango, ni el sexo, ni la edad”*.

Parecía evidente que la calidad intelectual de quienes detentaban el poder terrenal y espiritual había tocado fondo. Europa se encontraba sumida en una profunda oscuridad mental y no parecía inminente la aparición de ningún “santo” que, al estilo isidoriano y con apolillados argumentos ideológicos, lograra sintetizar la fe cristiana con tanto desmadre de la curia.

A falta de esta ayuda, y una vez comprobado lo poco que iban a colaborar con la Iglesia los santos, vírgenes y ángeles inventados, se optó por la vía dura e **Inocencio III** creó un cuerpo directamente vinculado a los Estados Pontificios y encargado de limpiar el planeta de tanta porquería a base de mano dura: la Santa Inquisición.

Evidentemente, este nuevo apéndice represor eclesiástico se dedicó a infligir condenas a muerte entre sectores desfavorecidos e incapaces de ofrecer nada a cambio. Sin embargo, cuando los “molestos” eran poderosos la cosa volvía a lo de siempre...

Por ejemplo, cuando **Juan sin Tierra**, rey de Inglaterra, se volvió loco nombrando obispos sin permiso del papa. A este último no le quedó más remedio que aceptar, cabreado e impotente, la independencia inglesa en materia religiosa.

Pero **Inocencio III**, a quien le dieron el cargo papal a la tierna edad de treinta y siete años, sublimó muy bien esa incapacidad interna por poner algo de orden dedicándose a guerrear contra los infieles musulmanes (era más fácil de matarlos sin dar explicaciones) y desviar así la atención hacia unos objetivos militares que contentaban a mercaderes (se frotaban las manos ante la sola idea de poder explotar nuevos territorios), reyes (encabezar una cruzada era todo un gesto heroico y fuente de prestigio), papas (podían colonizar ideológicamente más allá de la vieja Europa y ampliar su poder) y, sorprendentemente, populacho (el único colectivo que no tenía ni idea de para qué servían las cruzadas pero que iban entusiasmados ante las arengas que les echaban curas y militares).

La primera cruzada fue la predicada por el papa **Urbano II** cuyo inocente objetivo era la de recuperar Jerusalén para los cristianos anunciando que irían allí con una enorme cruz roja sobre el hombro como emblema de su “misión”.

Pero mientras esa “cruzada de señoritos” y caballeros pijos se organizaban como Dios manda, apareció una “cruzada popular” compuesta por miles de campesinos (unos treinta mil) que, ignorantes y cerriles, se empeñaron en plantarse en Jerusalén para purgar sus pecados, ante la “inminencia del fin de los tiempos”.

No hay que olvidar que en aquella época la intervención de lo milagroso en lo cotidiano era tan fuerte que resultaron (como ahora) inevitables los fenómenos colaterales de fanatización y, con ellos, violencias y matanzas contra los pueblos que pillaban a su paso (casi siempre la resignada comunidad judía).

Los turcos no tuvieron gran dificultad en desembarazarse de esa primera manada de harapientos occidentales a la espera de una segunda horda (la pija) mejor organizada.

Casi siempre estos últimos estaban al mando de nobles franceses, como **Hugo de Vermandois**, hermano de **Felipe I** de Francia; a los cuales les traía sin cuidado lo de ayudar a Bizancio de la invasión islámica. Sin embargo, aceptaron entrar en el juego propuesto por **Alejo I** comprometiéndose a devolverle las tierras que perdieron los bizantinos a manos de los “infieles” a cambio de hospedaje previo.

Esta primera cruzada pasó por Asia Menor, se ventilaron a todos los turcos en Nicea (1097), asediaron Antioquía (1098) y lograron llegar a Jerusalén (1099) tomándola al asalto y provocando una masacre de tal calibre que hasta los propios contemporáneos dudaron de la utilidad religiosa de tanto muerto.

Eufóricos por el éxito de la ocupación, los curas aceptaron asignar un patriarca bajo su beneplácito para la zona aunque, en poco tiempo, los nuevos mandamases de Jerusalén se vieron obligados a hacer un llamamiento desesperado a Europa para intentar contener el ataque musulmán.

La respuesta militar europea fueron las conocidas tradicionalmente como “segundas cruzadas”, predicadas por **Eugenio III**, pero esta vez sin la participación masiva del inculto y molesto gentío. Esto permitió que el mismísimo rey

francés **Luis VII** se embarcara en la empresa convencido de su capacidad militar.

Y descubrió, asombrado, que sus aprendizajes estratégicos en academias militares no servían de nada frente a la hostilidad de un pueblo amenazado de muerte y que ya empezó a vociferar la idea de una *yihad*¹³⁰ contra Occidente.

La vuelta a Europa cabizbajos y apesadumbrados por la derrota hizo que **Saladino** conquistara rápidamente Jerusalén y que, como respuesta, se organizaran expediciones inglesas y francesas por ruta marítima para intentar volver al *status quo* impuesto años antes por Europa.

La unión de estas marchas militares junto a los refuerzos del francés **Felipe Augusto** y del inglés **Ricardo Corazón de León**, les permitieron resolver un pequeño atasco bélico en Acre pero no el enfrentamiento de estos dos últimos cabestros entre sí en vista del odio que se tenían.

Felipe optó por regresar a su casa (un jiñao) mientras **Ricardo** decidió que su destino estaba indisolublemente ligado a Dios y, por lo tanto, obligado a recuperar Jerusalén. No lo consiguió pero, al menos, **Saladino** se avino a razones (¿?) y aceptó el paso de peregrinos cristianos a la puñetera ciudad gracias a una tregua de esas que se rompen cuando a uno le da la gana.

Las posteriores cruzadas ya dejaron de disimular sus pecuniarios objetivos y sus organizadores lo anunciaron sin ambages: ahora las harían para forrarse y en cualquier sitio goloso para sus bolsillos.

¹³⁰ **Ṣalāh ad-dīn Yūsuf ibn Ayyūb** (alias **Saladino**), sultán ayubita de Siria y Egipto, llegó a decir: “*debemos dirigir nuestra resolución, utilizar todo nuestro poder contra los malditos francos. Debemos combatirlos en nombre de Dios. Borraremos con su sangre las pisadas con que han cubierto la Tierra Santa*”.

Así fue como, apresuradamente y por presión de los mercaderes venecianos, **Inocencio III** organizó otra cruzada en 1200 para dejarles expeditas las rutas caravaneras del Mar Negro y Egeo aprovechando la flojera bizantina (originalmente se había previsto patearse el Nilo y reconquistar Palestina, pero se prefirió aumentar el poder de los comerciantes italianos más vinculados a la curia mediante este “cambio de planes”).

Tampoco faltaron las excusas más rocambolescas para erigirse como reyes legítimos de la Tierra Prometida. Por ejemplo, **Federico II** se autoproclamó rey de Jerusalén argumentando no sé qué tontería de que le correspondía por su anterior boda con **Yolanda**, hija de un antiguo jerifalte de la zona.

Estaba claro que el “caso Jerusalén” iba a dar más de un quebradero de cabeza a la Humanidad y que, tarde o temprano, aparecería algún loco iluminado con pretensiones de recuperar el pleno dominio sobre esas tierras.

Y esa enorme responsabilidad cristiana recayó sobre **Luis IX** de Francia. Se lió la manta a la cabeza (es un decir) y se largó a El Cairo a intentar conquistarla para ir abriendo paso hacia Palestina. Su muerte víctima de la peste fue un rotundo fracaso que obligó a la Santa Sede a nombrarlo, al menos, santo (**San Luis**, evidentemente)¹³¹.

A este loco canonizado le siguieron otros (**Jaime I el Conquistador, Carlos de Anjou...**) con idénticos resultados: cristianos huyendo acojonados, mamelucos crecidos y centros de comercio occidentales arrasados.

¹³¹ Habría que preguntarle a la comunidad judía qué piensa de la canonización de este muchacho... Fue quien dictó, a petición de la Iglesia, la prohibición de que los cristianos sirvieran en sus casas, que compartieran mesa o acudieran a baños públicos en su compañía. En 1240 condenó el *Talmud* (texto sagrado judío) y, en 1265, obligó a los judíos a llevar cosido en sus ropas una “rodela”, formada por dos cruces entrelazadas.

Hoy en día ya se puede afirmar que el invento de las cruzadas no sólo no sirvió para nada sino que agravó sobremanera las relaciones entre dos pueblos con una ya de por sí difícil convivencia por culpa de sus dos libros de cabecera: La Biblia y El Corán.

Runciman, un historiador especializado, resumió la pantomima europea de la época afirmando: *“la sociedad compuesta en su casi totalidad por soldados y mercaderes no estaba en condiciones de crear o mantener un nivel intelectual elevado en la zona”*.

De semejante desaguisado pseudomístico surgieron otros no menos ridículos como el nacimiento de las Órdenes Militares.

Eran institutos a la vez religiosos y militares dependientes del papa y con una organización comunitaria según reglas monásticas (casi siempre benedictinas) adaptándolas a las condiciones seculares y a las actividades sanguinarias y guerreras de sus miembros.

Las dos órdenes más significativas fueron la de los Hospitalarios (iban de negro con una cruz blanca) y los Templarios (de blanco con cruz roja). Pero su condición de hombres inteligentes casaba muy mal con la línea religiosa que trató de imponérselos y pronto aprendieron a negociar con sus



Ilustración 24. Un xenófobo iluminado y santificado: Luis IX.

riquezas en operaciones de banca y préstamo. Ello les involucró en la política financiera de algunas monarquías, en especial la inglesa y la francesa lo que, al final, sería causa de su desgracia.

Un intento de fusión de ambas órdenes estableciendo su sede en Chipre y el temor de **Felipe IV el Hermoso** (rey francés) por el poderío que estaban adquiriendo, provocó un proceso contra los templarios que acabó con la disolución dictada por el papa **Clemente V** en 1312, fastidiándose así la idea de crear un ejército poderoso en manos de la curia.

Entre las revolucionarias ideologías heréticas, el estrepitoso fracaso de las cruzadas y el experimento fallido de las órdenes militares parecía que a la Santa Sede todo le salía mal en su intento por extender sus dominios a todos los ámbitos de la vida social, política, económica y militar.

Afortunadamente para ellos aparecieron un par de movimientos místicos con algo de inteligencia en sus argumentos que incorporaron apresuradamente al aparato eclesíastico: franciscanos y dominicos.

La obra de **Francisco de Asís** comenzó en 1202, cuando abandonó su anterior forma de vida, destinada a obtener una educación y situación social caballeresca, con gran enojo de su padre, mercader de Asís; y se convirtió voluntariamente a la pobreza, según el ideal evangélico de renuncia a sí mismo y a todo tipo de bienes.

Tras un período de eremitismo, formó una pequeña comunidad de hermanos, sin residencia fija. Los franciscanos pretendían la reconquista evangélica de los medios sociales urbanos sin que, en ningún momento, se consideraran movimiento de protesta o crítica contra el dogma y la jerarquía eclesíastica. Eso les permitió recibir los parabienes del incombustible **Inocencio III** quien autorizó predicar a los franciscanos sobre temas morales.

Y, a cambio, la Santa Sede pergeñaría una sibilina e inmoral trama a espaldas de **Francisco de Asís** para intentar convertir el movimiento en una orden con innumerables y exigentes normas internas (noviciado previo de un año, votos formales de pobreza, castidad y, sobre todo, sumisión extrema a El Vaticano).

El papa sabía que esto no era del agrado del muchachote y optó por imponer las normas aprovechando un viaje de éste a África... La profunda coherencia ética de **Francisco** le obligó a renunciar a la misma Orden que el había fundado, defraudado por el estilo barriobajero con que habían intentado politizar “su” proyecto religioso.

Evidentemente, eso al papa le traía al paio ya que su único interés era aprovecharse de la estructura creada por el ingenuo de **Francisco** para crear una Orden de ideología inmovilista.

La Santa Sede, sin embargo, continuaba sin poder infiltrarse adecuadamente en los centros de saber que empezaban a proliferar por toda Europa. Lo intentaron décadas más tarde con las ideas sensibleras de un canónigo de Castilla, **Domingo de Guzmán**, a quien el papa le reconoció su prédica a cambio de que sus seguidores (los “dominicos”) aceptaran las reglas agustinas impuestas por El Vaticano.

Esta Orden se situaba, desde el principio, bajo la dependencia directa de **Inocencio III** encargándosele la formación intelectual y teológica de sus clérigos.

Los dominicos, gracias al dinero aportado por la curia, se convirtieron rápidamente en la avanzadilla eclesiástica cultural instalando en las ciudades universitarias europeas *lobbies* especializados (los *studia generalia*) encargados de meter como sea las ideas católicas en cuantas doctrinas científicas, filosóficas y literarias aparecieran. París, Oxford,

Montpellier, Barcelona... cayeron en sus ambiciosos planes garantizando a perpetuidad la oscuridad intelectual de Europa.

Estos señores, por ejemplo, provocaron momentos de tensión muy graves en la Universidad de París al enfrentarse a los maestros seculares para tratar de imponer sus postulados carentes de rigor científico en las asignaturas más importantes.

La Santa Sede, sin embargo, sufriría continuos sustos por parte de los defraudados franciscanos. Un grupo radical, los llamados *zelanti*, se negaron a aceptar la idea de que poseían bienes; mientras los “joaquimitas” (seguidores de **Joaquín de Fiore**) iban por ahí ofendiendo a la Iglesia diciendo que eran ellos los verdaderos “hombres espirituales” del nuevo cristianismo.

El siguiente papa, **Juan XXII**, ordenó que los joaquimitas seguidores de **Ubertino de Casale** se disolvieran bajo amenaza de herejía; a la vez que se veía obligado a tener que inventarse un argumento de conveniencia para incorporar esas ideas franciscanas, tan cercanas a **Jesucristo**, con sus postulados de ricachón. Y se sacaron de la manga un argumento algo torticero y rebuscado pero legalmente inobjetable (mandaban ellos): **Jesús** y sus apóstoles habían ejercido en vida el derecho de propiedad aunque individualmente pudieran haber renunciado al uso de bienes y vivir pobremente. Por ello la pobreza absoluta quedaba condenada y no podía ser causa de santificación.

Pero cuando parecía que la cosa empezaba a tomar “cristiana forma” en Europa aparecían nuevos retos intelectuales contra los que la Iglesia se tenía que enfrentar...

Es el caso de los pueblos que van apareciendo por Asia conforme los mercaderes europeos van ampliando su radio de influencia.

LA VERDAD CRISTIANA, EN ENTREDICHO

Uno de los primeros en vérselas con los aires imperialistas eclesiásticos fueron los mongoles, quienes aceptaron de buena gana la presencia dominica hasta que **Gengis Khan**, rey mongol, se leyó la letra pequeña de una epístola papal entregada por un tal **Ascelino**: el papa pretendía que los mongoles reconocieran la suprema autoridad religiosa cristiana y se convirtieran.

La negativa *gengiskaniana*, empero, no impidió notables éxitos en otros pueblos recientemente descubiertos como el chino, donde un franciscano sumiso, un tal **Juan de Montecorvino**, supo infiltrarse en sus estructuras políticas; u **Odorico de Pordenone**, el primero que se plantó en el Tíbet y narró su cultura.

Dominicos y franciscanos se convirtieron, capciosamente, en la avanzadilla cultural europea en Asia para intentar así tener controlado las ideologías de nuevo cuño que pudieran amenazar las doctrinas católicas.

Pero a la Iglesia se les escapaba de las manos el poder que tenían los mercaderes para narrar sus propias historias sin la censura papal.

Por ejemplo, **Marco Polo**, quien en su “Libro de las maravillas”, fue el primer europeo que trajo noticias de otros pueblos levantando ampollas entre la clase bienpensante e hipócrita de la época (llegaron a apodarlo *marco milliioni* al estar convencidos de que mentía para forrarse).

Sus páginas narraban con tal lujo de detalles las costumbres sexuales de estos nuevos pueblos que la Iglesia pronto se apresuró a tacharlas de “inferiores e indignas de la condición humana”, asumiendo así un papel evangelizador ante tanto primitivo.

Los tibetanos, por ejemplo, tenían una costumbre muy “satisfactoria” para los viajeros: una vez instalados en sus tiendas arribaban veinte o treinta jóvenes adolescentes, guiadas

por ancianas, para solicitar a los extrajeros que se acostaran con ellas *“a cambio de un pequeño regalo de despedida”*.

Según cuenta **Marco Polo** *“las jóvenes del país yacían con todos los forasteros que podían, pues esto era lo que las hacía atractivas a los ojos de los futuros esposos, aunque después de casadas se mantenían fieles a sus maridos”*.

Más al sur de las tierras pobladas por los tibetanos, **Marco Polo** encontró una zona denominada Gaindú... *“Aquí –relata- los forasteros recibían una hospitalidad fuera de lo normal pues los maridos, creyendo que así eran gratos a sus dioses, que multiplicarían a cambio de esto sus rebaños y cosechas, les cedían gratuitamente sus mujeres. Y no sólo esto, sino que para su mayor comodidad podían gozar de ellas en su propia casa, cuyo dueño dejaba libre el campo marchando a sus tareas”*.

Nuestro incansable y envidiado mercader se sorprendía de la libertad sexual de sus mujeres: *“no les importa si uno de ellos yace con la mujer del otro, con tal de que esto ocurra por voluntad de la mujer; mas si fuera forzada, lo consideran un gran delito”*.

Sin embargo, en otros lugares la cosa no las pintaban tan idílicas: en Ceilán, sin ir más lejos, *“tienen trato carnal –afirma- entre ellos como si fueran perros, en medio de la calle o en cualquier otro sitio donde se encuentren, sin sentir vergüenza alguna; y ni siquiera respete el padre a su hija, ni el hijo a su madre, sino que cada uno hace como quiere o como puede a pesar de ser visitados a menudo por mercaderes y viajeros, éstos [sus habitantes] seguían con sus mismas costumbres”*.

En su largo caminar, **Marco Polo** tuvo oportunidad de estar con muchas mujeres. Una vez, estando con una prostituta le preguntó por qué se dedicaba a esto no necesiéndolo y ella le respondió: *“Que te paguen por hacer el surata (sexo) es un*

premio de más y eso me gusta. ¿Rechazarías un sueldo si te lo ofrecieran cada vez que orinas?”

LA BAJA EDAD MEDIA

Dada la innegable cantidad de información acumulada de la Edad Media se acordó (tuvo que ser alguien muy listo) subdividir a ésta en dos mitades no necesariamente iguales: la Alta y Baja Edad Media

Y en cada una de ellas se nos presenta un sustrato latente fácilmente perceptible en las manifestaciones que sus contemporáneos produjeron. Mientras que la primera parte no esconde más que el profundo cambio que produjo la desaparición del Imperio romano en Europa, y la “recolocación” del poder político, económico y militar en otras manos; la segunda Edad Media no es más que el ascenso al citado poder de los modelos capitalistas (la primitiva y violenta ley del más fuerte sublimada en forma de dinero) y de la adaptación a estos códigos de los valores encarnados en la Iglesia católica, aun a pesar de las ideas que sirvieron para su creación.

Los intelectuales dependientes del poder político y religioso (da igual el orden) pronto se pusieron en marcha logrando establecer un hábil tejido afectivo que justificaba las tropelías que cometían en nombre de valores subjetivos y poco racionales de los que todavía, por asombroso que parezca, no nos hemos librado.

Veremos como la tonta idea nacionalista, el insolidario concepto de propiedad individual, la técnicamente inapreciable existencia de Dios y la no siempre placentera idea de la familia unida se convertirán en la esencia ideológica de un pueblo, el europeo, entregado en cuerpo y alma a luchar por entelequias como las descritas sin más argumentos que el uso de la violencia y la fuerza.

Pero esta etapa se inicia con una impresionante cadena de sucesivas epidemias que cercenarán la población europea a niveles difícilmente soportables hoy en día. De los ochenta y seis millones de humanos merodeando Europa en 1340, rezando a vírgenes y santos todo el día, se pasó a cincuenta y uno en 1350 (y cayeron desde piadosos a mamones en idéntica proporción a pesar de ciertas ideas católicas).

Las primeras pestes fueron la bubónica y la septicémica (o pulmonar), procedente de Asia, propagándose en oleadas a través de las vías de comunicación más frecuentadas durando, en cada comarca, unos seis meses y cargándose hasta el noventa por ciento de sus habitantes.

Las epidemias eran tan insistentes que aparecían sobre sustratos poblacionales previamente castigados. Por ejemplo, la de 1360 recayó sobre la población joven que había sobrevivido a la anterior y, diez años más tarde, se llevó por delante a los pocos que habían permanecido incólumes a los ataques precedentes.

Evidentemente, se echó mano de argumentos religiosos para justificarlas (el Apocalipsis, la vida disoluta del hombre pecador y hereje, el diablo...) ofreciendo unos cuantos cánticos y plegarias como remedio mientras caían como chinches.

Realmente no era más que una desgraciada confluencia de virus oportunamente resistentes, deplorables condiciones higiénicas y crisis agrarias que debilitaron el sistema inmunológico de los humanos.

Biológicamente se asistió, simplemente, a un “reequilibrio” natural entre un medio ambiente agredido y un animal (el hombre) incapaz de intelectualizar los nuevos retos de adaptación que se le venían encima.

La sensación de fragilidad y abandono en que se encontraba el ser humano ante aquellas figuras que previamente había inventado (ángeles, santos y demás), y de

las que nada recibió, provocó numerosos movimientos de expiación (tétricas procesiones, flagelaciones...), histerias colectivas y, por oposición a tanta mojigatería, corrientes éticas muy cercanas al actual *carpe diem* occidental:

*“Omittamus studia,
dulce est desipere,
et carpamus dulcia
iuventutis tenere,
res est apta senectuti
seriis tenderes.*

*Velox etas preterit
Studio detenta.
Lascivire suggerit
tenera iuventa.*

*Ver etatis labitur,
hiemps nostra properat,
Vita dampnum patitur,
Cura carnem macerat,
Sanguis aret, hebet pectus,
minuuntur gaudia,
nos deterret iam senectur
morborum familia.*

*Imitemur superos!
digna est sententia,
et amoris teneros
iam venantur otia;
voto nostros serviamus,
mos iste est iuvenum,
ad plateas descendamus*

et choreas virginum.”¹³³

La poesía de los goliardos

Lamentablemente, la filosofía “goliárdica” se limitó a reducidos ámbitos universitarios mientras crecía en los núcleos urbanos una sensación de abandono que pronto resolvieron ocupándose, ellos mismos, de la defensa (estaban obsesionados), la traída de agua limpia, la regulación de la porquería en las calles (se prohibió el famoso “¡agua va!”¹³⁴) y su pavimentación.

Y para ello se erigieron como “vigilantes del orden” los mandamases gremiales, empeñados así en consolidar sus intereses empresariales exigiendo leyes locales tendentes al proteccionismo de su producción y a la consolidación del monopolio de su práctica profesional.

Pero estos *oficios* se lograron imponer a costa de violentas luchas a comienzos del siglo XIV con los representantes de los intereses monárquicos en las ciudades.

¹³³ Para aquellos iletrados que desconozcan el latín (como el autor) esta es su traducción:

“Dejemos los estudios, dulce es la ignorancia, y aprovechémonos de los placeres de la tierna juventud. Propio es de la vejez el preocuparse de cosas serias.

El tiempo ocupado en el estudio pasa velozmente. La tierna juventud nos empuja a los placeres.

La primavera de la vida se esfuma, se apresura el invierno. La salud se pierde, las preocupaciones torturan la carne, la sangre se enfría, el corazón se embota, los goces disminuyen, la vejez nos aterra con su tropel de incomodidades.

Imitemos a los dioses, sigamos su ejemplo, los cuales en sus ocios buscaban las ternuras del amor. Sigamos nuestra resolución: esto es propio de la juventud, vayamos a las plazas donde están reunidas las doncellas”.

¹³⁴ Expresión usada por los medievales para avisar a los transeúntes que iban a lanzar sus deposiciones orgánicas por la ventana.

De hecho, en Francia, Inglaterra y Castilla (nótese que aún no podemos hablar de España) las monarquías fueron siempre hostiles al ascenso político de los gremios.

Estos muchachos monopolizaron la producción, regularon salarios y precios en el mercado urbano y combatieron, en nombre su “sus” libertades y privilegios, la instalación en la ciudad de otros artesanos, limitando la concesión de derecho de vecindad, o el crecimiento de manufacturas en zonas urbanas próximas a sus ciudades al objeto de crear un vacío industrial que favoreciera sus intereses.

Estas ideas, que a buen seguro secundaría más de un dirigente de las “pymes” actuales, se mostraron notablemente agresivos hacia sus colegas foráneos cuando intentaban introducir géneros de otras ciudades.

Por mucho que colaboraran, además, con el poder eclesiástico ya asentado en la ciudad de turno no se mostraron cristianamente solidarios cuando fijaban los precios (se olvidaron de las teorías católicas del “justo precio”) y optaron por pactar precios encaminados a suprimir toda competencia interna y externa: cada taller limitaría el número de sus operarios y aprendices, la cantidad de materias primas disponibles y los avances tecnológicos que descubrieran.

Toda esta gremialización favoreció el desarrollo de una penosa mentalidad conservadora que obligó a ciertos sectores, intelectualmente más espabilados, a tener que ocultar sus asociaciones (las llamaron *cofradías*) y que darían más de un susto en forma de huelgas en algunas ciudades como el levantamiento en el Flandes Marítimo al intentar aumentar los impuestos el aristócrata **Conde de Flandes** (de 1323 a 1328), la *Jacquerie* dirigida por **Guillermo de Cale** y reprimida violentamente por **Carlos el Malo**; o las

impresionantes revueltas provocadas por un tal **Wat Tyler** en Inglaterra que llegó a entrar en Londres, con ayuda de su población, y obligar a un rey escondido en la *London Tower* a aceptar las condiciones que exigían (el muy ingenuo se dedicó a ir diciendo por ahí que las sociedades habían de regirse por leyes “igualitarias y comunitarias”).

Así contaba un refinado y pijo burgués anglosajón del siglo XIX la, para él, “barbarie” que cometieron los campesinos:

“Había en esta época en la dicha torre seiscientos hombres de guerra avezados en el ejercicio de las armas y seiscientos arqueros que, y aquí está la maravilla, tuvieron tanto miedo que podía creérseles más muertos que vivos... toda audacia militar se extinguía en ellos ante la presencia de los campesinos. En efecto quien hubiera creído que un día no solo los campesinos sino los peores elementos entre ellos... osarían introducirse en la cámara privada del rey y de su madre con burdos garrotes, apartar con amenazas a los caballeros de servicio, mesar las barbas de los caballeros más nobles con sus manos sucias y callosas, cambiar opiniones y trabar conversaciones familiarmente con estos sobre el régimen social o sobre la fe que se debía guardar a los villanos... y sentarse, o tumbarse, dedicarse a mil groserías sobre el lecho mismo del rey, y peor todavía enviar besitos y carantoñas a su madre; y también hay que decir que varios caballeros y hombres de armas tuvieron su parte de responsabilidad en tales sucesos deplorables”

Thomas Walsingham

*Historia anglicana,**1863-64*

Es interesante destacar cómo en esta temprana época ya empezaba a articularse argumentos intelectuales que exigían cierta igualdad de derechos entre los humanos...

“Cuando Adán trabajaba la tierra y Eva hilaba ¿quién era entonces aristócrata? Al principio de los tiempos todos los hombres eran iguales. La servidumbre fue introducida por las acciones injustas de los malos, contrariamente a la voluntad divina: porque si Dios hubiese tenido la intención de hacer siervos a los unos y señores a los otros habría establecido esa distinción desde el principio. Ahora se presenta una ocasión a los ingleses, si saber aprovecharla, de sacudir un yugo tan antiguo y obtener la libertad siempre deseada. Es preciso que se armen de valor....

... ha llegado el momento en que es preciso extirpar y eliminar a los malos señores, a los jueces injustos, a los legistas que obstaculizan el bien común.”

Sermón de John Ball en 1381

Para terminar de aderezar el penoso panorama europeo unos cuantos fanáticos decidieron revivir, a comienzos de 1420, el mito milenarista anunciando la inminencia del dichoso Apocalipsis algo que, una vez más, no sucedió salvo para aquellos que tuvieron que sufrir el incendio de sus pueblos por culpa de esos locos seguidores de la Biblia.

En cualquier caso los “bandos” se estaban empezando a definir con relativa claridad para aportar, en breve, un

nuevo enfrentamiento de clases tan del gusto de nuestra especie: una burguesía poderosa, apoyada en sus propios negocios, pactando acuerdos con las viejas monarquías e intentando conservar los valores morales de la Iglesia; y un pueblo inculto y harapiento que muy pronto iba a recibir el espaldarazo moral e ideológico de todos unos intelectuales (los “Ilustrados”) desengañados de los ricos y convencidos de que la razón científica debía prevalecer sobre los dogmas religiosos.

Pero estas clases también se encontraban con sus propias luchas intestinas. Una de ellas fue la llamada “crisis del Pontificado” que volvía a enfrentar, cómo no, a la Iglesia con el poder monárquico en su enfermiza y patológica manía por tenerlo todo controlado...

Los motivos se remontan a 1296 y a un vulgar asuntillo monetario que tango gusta al poderoso clero. Al parecer **Bonifacio VIII** (un papa) montó en cólera ante la pretensión del rey francés **Felipe IV** de hacer pagar a los clérigos franceses impuestos como al resto de sus paisanos. Y, cuando aún no se había llegado a ningún acuerdo satisfactorio para ambos, va el rey y no se le ocurre otra cosa que procesar a un obispo (**Bernardo Saisset**) ante un tribunal ordinario como si fuera un francés más.

El papa, ofendidísimo en nombre de su Dios, se

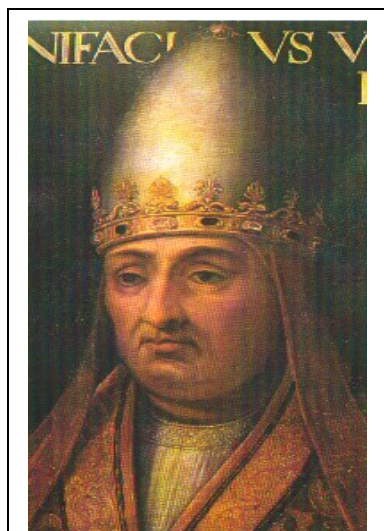


Ilustración 25. Careto de “amargao” del Bonifacio.

saca una bula negando toda potestad seglar para juzgar a un “siervo de Dios” (la *Ausculta fili*) y decide ganar algo de tiempo excomulgando al rey francés, mientras éste último lo nombra hereje y se propone apresararlo para llevarlo ante la justicia francesa.

Para **Felipe IV** esta enconada persecución contra la Iglesia poseía sólidos argumentos morales: los franceses tenían pruebas de los numerosos actos de prácticas blasfemas, supersticiosas, ocultistas, heréticas y sodomizantes que los templarios, en nombre de la Iglesia, habían realizado durante su existencia. Aunque, como siempre, los motivos eran estrictamente pecuniarios ya que para el reino francés tanto templario actuando en nombre de la Iglesia suponía un coste elevadísimo.

Con el cuento de la sodomía y de la blasfemia el rey se ventiló en la hoguera a cincuenta y cuatro templarios por “relapsos”¹³⁵ sin que a la Iglesia le quedara más remedio que aceptar las acusaciones (serían verdad) en vista de la fortaleza con la que estaba actuando el poder civil.

Este poder civil, que ya daba muestras de cierta autonomía intelectual frente a la Iglesia gracias al acercamiento ideológico con la incipiente burguesía capitalista, se encontraba ya lo suficientemente crecido como para tutear a los curas con un descaro hasta ahora poco visto o, al menos, poco logrado.

De esta forma otro territorio con fuerte crecimiento económico como el italiano empezaba a dar signos de exigir sacudirse la tutela papal. La guerra del pontificado contra Venecia en 1308 por el control de Ferrara y la conciencia colectiva, manifestada a través de las ideas gibelinas, de que el papa no debía tener un control temporal sobre Italia obligó

¹³⁵ Dícese del humano que reincide en un pecado del que ya había hecho penitencia, o en una herejía a la que había renunciado.

a muchos clérigos, fieles a sus principios, a refugiarse en Avignon durante muchos decenios, mientras otros intentaron reconstruir el papado en Roma.

El cisma en Occidente estaba servido con dos líneas papales a las que se adhirieron, en función de sus propios e interesados criterios, el resto de órdenes religiosas existentes. A la ya patética y habitual imagen que estaba dando la Iglesia y sus congregaciones se sumaron los reyes de Francia, Castilla y Escocia (pro “aviñonistas”) y los de Inglaterra, Polonia, Hungría, Escandinavia y Flandes (fieles a Roma).

Evidentemente, todas estas opciones se explicaban por motivos políticos aunque todos ellos intuían un grave riesgo para la unidad religiosa europea y se dispusieron a solucionar el asunto...

Los reyes ya eran concededores, en sus propias carnes y en la de sus antepasados, de las especiales dificultades eclesiásticas para razonar y usar el intelecto; pero intentaron lograr un acuerdo diplomático usando como intermediaria la Universidad de París dada la predisposición papal a liarse a guantazos entre ellos (le llamaron la *via facti*) en Nápoles, Milán y Castilla.

La propuesta, formalizada en 1394, era sencilla, clara y razonable: ambos papas debían renunciar al puesto para permitir la elección de otro nuevo (*via cessionis*). Pero aquel mismo año los aviñonistas eligieron como papa al aragonés **Pedro de Luna (Benedicto XIII)** al que le sentó tan bien el cargo que se negó a dejarlo.

Asumido por los países afectados que el “problemilla” no era abordable desde un punto de vista razonable y lógico (eran curas) se optó por la vía represora suprimiéndoles las rentas a ambos papas. El resultado dio sus frutos en pocos años anunciando el papa romano **Gregorio XII** su oferta de abdicación si el aragonés hacía lo propio.

Y el aragonés se negó.

Y vuelta a empezar.

Hartos ya de un conflicto que estaba empezando a distanciar ideológicamente a los países europeos (nótese el componente inmovilista de los postulados aviñonistas, y los países que lo apoyaban, frente al revisionismo forzado del papado romano, impregnado de unas ideas ilustradas propias de los mercaderes italianos) los cardenales de las dos partes acordaron quitarle la autoridad a sus papas y recurrir a un concilio universal convocado en Pisa el 25 de marzo de 1409.

En Pisa se declararon a los dos papas “*cismáticos notorios y causantes de división*” y, tras la negativa de ambos a comparecer ante el concilio, se les depuso y se eligió al arzobispo de Milán como nuevo y único papa, **Alejandro V**.

Realmente se podía haber llegado a esta solución muchos años antes, pero la infantil intransigencia de los papas junto a la negativa de los curas de aceptar la figura de un concilio “por encima” de la voluntad papal obligaba a todos a procurar no convocar concilios no fueran a usarse más adelante para censurar las decisiones del papa.

Cinco años más tarde a la convocatoria de Pisa se encontraron con un impresionante caos organizativo: no sólo no se habían largado los dos pintas anteriores sino que el nuevo (ahora el impresentable **Juan XXIII** en sustitución de **Alejandro V**) pretendía dar nuevas y más órdenes.

El concilio, harto de tanto inútil aferrado a cada nueva poltrona que se creaba, se autoproclamó “*representante de la Iglesia universal, con poder recibido directamente de Cristo*”, con lo que hasta el/los mismísimo/s papa/s le debía/n obediencia.

Juan XXIII, tras un amago de resistencia, se sometió y aceptó la renuncia, **Gregorio XII** abdicó y **Benedicto XIII** (el más camoto) fue depuesto en julio de 1417, pero siguió

proclamando a los cuatro vientos su “papalidad” desde su refugio de Peñíscola hasta su muerte.

Dada la durabilidad del cisma, y la diferencia de criterios que empezaron a emerger en el seno de la vieja Europa con respecto al papel de la Iglesia católica, numerosos frentes éticos y filosóficos resultaron imposibles de cerrar. El luteranismo, el anglicanismo... beberán en un futuro de estos conflictos para demostrar la “imperfección” de la palabra papal

Guillermo de Ockham será uno de los más acérrimos enemigos intelectuales de la endeble Iglesia del entonces:

“La Iglesia... insulta a los fieles, decepciona y turba a toda la cristiandad. Se arroga un poder usurpado al privar a los fieles, clérigos y laicos, de sus bienes, derechos y libertades, al cargar sobre sus hombros intolerables impuestos... ...a suscitar guerras, sediciones y discordias entre cristianos... ...al imponer a los religiosos una austeridad mayor que la prevista por la regla... ...al condenar doctrinas católicas que no contradicen la fe cristiana, al obligar a los más letrados e inteligentes a someter su inteligencia a lo que ella diga, contra toda razón y contra el testimonio de las Sagradas Escrituras, al rechazar cualquier rendición de cuentas de sus hechos y escritos, al acusar falsamente de crímenes imaginarios y reputar como herejes corruptos a los que han osado criticar sus iniquidades y errores o defender su derecho y la justicia contra su voluntad, matándolos o condenándolos a prisión perpetua.

Pero pienso que nada podrá hacerse.”

De imperatorum

No conviene olvidar que a esta impresionante chapuza pontificia le siguió una no menos escandalosa represión militar sobre los linajes señoriales de Roma y El Vaticano para intentar recuperar el poder perdido sobre “sus” territorios. Los sucesivos papas, como **Alejandro VI** y **Julio II**, actuaron más como jefes militares que como eclesiásticos aportando su grano de arena a la desprestigiada imagen que estaban dando.

El fasto de la Corte pontificia, además, aumentó considerablemente siendo piedra de escándalo para muchos peregrinos y visitantes cristianos. Los papas, pésimos políticos y administradores, dejaron de ser ejemplares para convertirse en personajillos caricaturescos obsesionados por la buena vida, el poder, el dinero y el sexo.

Y estos ejemplos fueron seguidos, con devoción, por el resto de monjes y frailes pertenecientes a los dominios monásticos que se extendían por Europa. Hasta las propias reglas benedictinas se ignoraron con tal descaro que, en pocos años, se les “olvidaron” los votos de pobreza dejándose sobornar por rentas y bienes procedentes de las limosnas (la limosna incluso llegó a regularizarse periodificando sus pagos).

Evidentemente, estos nuevos “argumentos” en manos de los curas encargados del sermón destilaban una pobreza intelectual tan salvaje que, en breve, empezaron a usarse elementos mágicos en el culto eucarístico (se consideró, por ejemplo, a la hostia como transmisora de cierta fuerza benéfica) y supersticiosos (cultos y procesiones a santos como mediadores ante la divinidad, invención de milagros marianos, rezos por encargo, uso de plañideras frente a los difuntos, exorcismos sanadores, etc.).

Y, cómo no, se inventaron y consolidaron al alimón figuras místicas que compensara tanto “bien” emanado de

Dios. Para ello se le dotó de corporeidad al “mal” (demonios y brujas montados en escobas elaborando pócimas) a la altura mental de las vírgenes y santos previamente creados.

La oscuridad psicológica que generaba un universo tan simple y dual, del que aún no se tenía escapatoria dada la pobreza del pensamiento científico, generó un ambiente tétrico que explica los miedos y angustias del populacho analfabeto del medievo. Para colmo de desgracias las altas esferas pontificias veían con buenos ojos la triste ignorancia popular y dotó a la “lucha contra el mal” de entidad jurídica encomendando a la Inquisición, en 1484, la persecución de la brujería *“como ataque directo y peligroso a la verdadera religión”* (bula *Summis desiderantes* de **Inocencio VIII**).

Pero ya **Ockham** y **Scoto**, ambos franciscanos, proponen la *“via moderna”* frente a la *“via antiqua”*, presente en toda



Ilustración 26. Santo Tomás, echo polvo por las ganas que le tenía a la mujer que huye por la puerta, enfrentándose a su pía castidad. El recalentón lo resuelve “felizmente” azotándose con una tea incandescente hasta que bajan un par de ángeles con el cinturón de castidad (*La tentación de Santo Tomás*, de autor incierto, 1631?).

la visión religiosa de la Europa occidental y emanada directamente del trabajo supuestamente intelectual de **Santo Tomás de Aquino**, a quien lograron canonizar los dominicos en 1323 en un intento por mantener inmóvil el pensamiento católico.

Ockham, el muy animal, pretendía negar la posibilidad de comprender a Dios de forma cognoscitiva sustituyendo, esta falaz percepción, por un conjunto de cuestiones que permitía, en todo caso, alcanzar y demostrar los límites de la inteligencia humana en su comprensión de Dios (el llamado “nominalismo”).

Por suerte había ya una importante cantidad de laicos (mercaderes, juristas, médicos...), escuelas municipales y mucho viajante empeñado en rebatir los argumentos religiosos con pruebas científicas, lógicas y humanistas: estaba naciendo el Renacimiento italiano.

Frente a la ignorancia medieval empezaba a renacer, por fin, algo de inteligencia humana impregnándolo todo de una nueva forma de entender la realidad que empezó a consolidarse en Italia (sobre todo Florencia) durante las décadas de 1430 y 1440.

Los laicos empezaron a crear escuelas sostenidas por ayuntamientos en manos de los propios mercaderes, a poner en entredicho la verdad escolástica (la de **San Agustín**) y, en definitiva, a buscar una verdad objetiva a través de la contemplación y análisis de la naturaleza y de sus fenómenos físicos.

El peligro que esto significaba para la formación religiosa tradicional ya fue denunciado en 1405 por el fraile dominico **Giovanni Dominici** en su *Lucula noctis*, al condenar, insistentemente, la lectura indiscriminada de otros autores alejados de la fe cristiana.

Sin embargo, los cambios fueron lentos y el peso de la Iglesia y sus doctrinas católicas en las altas esferas políticas era inmenso (el derecho canónico, por ejemplo, estaba infinitamente más valorado que el titubeante derecho civil) de modo que **Aristóteles**, el reprimido de **Santo Tomás** y la Biblia seguían siendo un referente válido para teorizar sobre los comportamientos de los estados emergentes.

En aquellos tiempos aún se aceptaba el derecho divino como una fuente legislativa y seguían obstinados en creer que la naturaleza social del hombre era corrupta “porque había pecado”, lo que justificaba la inmensa represión sobre la población.

Al margen de estos argumentos políticos existía, además, la difusión de profecías y augurios sobre el futuro que minaba continuamente las decisiones que tomaban los medios políticos. La astrología era un gabinete más en manos de los jerifaltes de donde recibían continuamente oscuras predicciones basadas en sucesos y señales extraordinarias, en lecturas sesgadas de la Biblia, con anticristos incluidos, y en profecías dotadas de autoridad sin par emanadas de personajillos tan curiosos como los del mago **Merlín**, un individuo creado en la primera mitad del siglo XII por **Godofredo de Monmouth**, a partir de tradiciones bretonas y galesas, y que tuvo una impresionante credibilidad entre la clase política de la época.

Es en estos siglos cuando podemos empezar a hablar ya de una idea consolidada hasta nuestros tiempos, aunque bien podía haber salido otra: la de los Estados.

Inicialmente no cumplía ningún efecto psicológico de identificación con el pueblo, sino que se usaba el término como forma de definir un amplio o reducido territorio en manos de alguna clase dirigente poderosa, y militarmente

consolidada, poniendo al frente al más afin a sus intereses (o haciéndole creer que los suyos coincidían con los de ellos).

Evidentemente, esta personalización había de responder a pensamientos aún muy viscerales, primitivos y nada democráticos... con lo que optaron por continuar con la idea de las dinastías monárquicas hereditarias.

Pero estas monarquías estaban impregnadas de situaciones que ahora se nos antojarían cómicas: suplantaciones del primogénito por la fuerza, sustitución por hijos bastardos, matrimonios consaguíneos interesados que estropearon en exceso la “calidad” real, etc.

Eso sí, iniciaron un hábil proceso de identificación de ellos con la tierra y con el pueblo llano (muy dado a amar la tierra que tienen bajo sus pies aunque sea cutre) para consolidarse en el poder. Para ello enarbolaron símbolos e “*insignias del poder*” (**Schramm**) y se entretuvieron exaltando a la corona (su corona) a través de los diversos medios de información y propaganda con que contaban. El arte, los espectáculos populares, banquetes, funerales regios, recepciones y entradas de reyes en ciudades cada vez que arribaban, rodeándose de cortejo y fiestas de sumisión... conformaban un estilo manipulador de mentes muy del gusto, incluso, de las monarquías actuales.

Era el momento de consolidar las “conciencias nacionales” a través de las oportunas revisiones históricas, creando “mitos” (santos amigotes del rey de turno), ideales y programas destinados a manipular al respetable para que aceptaran, a pies juntillas, las tropelías que cometían.

Pero la semilla renacentista ya estaba haciendo de las suyas, el rigor científico empezó a extenderse a todos los ámbitos de la vida social y económica e, inevitablemente, acabó infestando las doctrinas ideológicas de las monarquías muy a su pesar.

Europa estaba iniciando un lento y traumático despertar aunque no precisamente desde las esferas dirigentes sino que serán las clases más oprimidas las que se encargarán de recordarles las terribles desproporciones socioeconómicas en que vivían y a poner en entredicho aquellos modelos de pensamiento conservador que trataban de perpetuar privilegios.

Europa, cuna de la cultura occidental, acababa de dejar su infancia plagada de mitos y fantasías y entraba en la difícil y vigorosa adolescencia.

ANEXO VII



Ilustración 27. A Benedicto IX le quedó un poco grande la indumentaria cuando lo nombraron papa a los catorce años.

Con todo lo visto hasta ahora no se puede decir que en el primitivo papado medieval hubiera cristalizado adecuadamente la ideología propuesta por **Jesús** mil y pico de años antes.

Ni siquiera merece la pena intentar relacionar los mensajes de las Sagradas Escrituras con las doctrinas papales que tan enfermizamente se empeñaron (y empeñan) en inculcar a sus coetáneos.

Evidentemente, sus intereses fueron mucho más prosaicos y ligados a la condición humana: poder, dinero y sexo.

Y con semejantes premisas era previsible que nos saliera un listado de papas tan ridículo y vergonzoso como el siguiente (nótese lo breves que fueron sus períodos papales, todo un síntoma de la podredumbre eclesiástica):

- **Formoso I.** El papa con final más patético que ha conocido la Historia de la Humanidad. Fue acusado en enero de 897 de perjurio y otros crímenes (nueve meses después de su muerte). Los moralistas de la época decidieron que no podía quedar así la cosa, lo exhumaron, vistieron de papa y juzgaron. Evidentemente, fue declarado culpable, le amputaron los dedos de la mano derecha para evitar que bendijera más y arrojaron su cuerpo al río Tíber.
- **Juan XII** (955-963). Hijo ilegítimo de **Alberic II**, príncipe de Roma. Fue depuesto con celeridad muriendo supuestamente de infarto al estar en la cama con su amada. Años más tarde se demostró la verdadera causa del fallecimiento: la enorme paliza que le propinó el marido de su amante al pillarlos juntos.
- **León VIII** (962-964). Un laico que recorrió en un solo día todas las órdenes eclesiásticas para ser ordenado papa.
- **Silvestre II** (999-1003). Muchacho al que se le atribuye la falsificación de los documentos necesarios para la “falsa donación de Constantino”.
- **Juan XIX** (1024-1032). Senador y hermano de **Benedicto VIII**. Se dedicó a sobornar a los cardenales (y mejor no averigüemos con qué bienes terrenales) para ser nombrado papa. Pasó de laico a papa en tan sólo un día y abdicó poco antes de decidir casarse. Años más tarde vuelve al cargo (suponemos que hartado de su esposa) y, al poco, se lo vende a su padrino. Consigue ocupar el trono de San Pedro por tercera vez pero esta vez no logra rentabilizarlo como pretendía. Es el único humano que ha sido papa tres veces.

- **Benedicto IX** (1032-1045). Lo nombran papa siendo un mocoso púber de 14 años (ilustración 27) gracias a las malas artes de su padre el conde **Alberic III**, que se dedicó a comprar a todo obispo que pillaba a su paso.
- **Celestino IV** (1241). Aguantó asido al trono pontificio exactamente dieciséis días.
- **Juan XXI** (1276-1277). Se le cae el techo encima divinamente.
- **Juan XXIII** (1410-1415). Un antipapa colocado allí casi a la fuerza. Lo depusieron por decreto en el concilio de Constanza tras demostrarse notorio incesto, adulterio, profanación y homicidio (su amante era la esposa de su hermano). Para acallar el escándalo lo mandaron de arzobispo a Tusculum durante cuatro años pero el muchacho siguió en sus trece: se tiró a unas doscientas monjas, doncellas, casadas y viudas.
- **Inocente VIII** (1484-1492). Decidió nombrar cardenal a su nieto de trece años.
- **Alejandro VI** (1492-1503). Aparece un español en escena... pero tampoco se libró de la golfería: tuvo varias amantes siendo, las más conocidas, **Vanozza dei Catanei** y **Giulia Farnese**. Murió envenenado o de malaria no sin antes dejar un reguero de cinco hijos en el planeta.
- **Pablo IV** (1555-1559). Todo un ejemplo de fraternidad e intelectualidad: confinó a los judíos en el *ghetto* de Roma y fijo el índice de libros prohibidos en Europa.
- **Sixto V** (1585-1590). Harto de las riñas y retrasos continuos en la construcción del puente *Fabricio* que mandó hacer (une con tierra firme la única isla del Tíber) decidió esperar pacientemente a su finalización para decapitar a los cuatro responsables en el mismísimo puente. Para que nadie olvidara cómo se las gastaba mandó esculpir en piedra la efigie de los currantes en cada esquina del puente

llamándose, desde entonces, “Puente de las Cuatro Cabezas”.¹³²

- **Clemente VIII** (1592-1605). No quiso ser menos que **Inocente VIII** y nombró cardenal a su sobrinito de quince años.
- **Clemente XIII** (1758-1769). Un reprimido sexual que no podía ver desnudos en las obras realizadas por **Miguel Ángel** en la Capilla Sixtina y que ordenó cubrirlas pudorosamente pintando telas encima.
- **Adrián II**. Mantenía oculta a su esposa e hija en el palacio de Letrán hasta que unos desconocidos las raptaron y asesinaron a pesar de los intentos del “papá papa” por impedirlo.
- **Juan VIII**. Fue secuestrado por algunos miembros de su propia guardia y murió asesinado a martillazos tras unos cuantos días previos de torturas y azotes.

¹³² Por este sanguinario motivo se le nombró, paradójicamente, “santo patrón de los constructores” ratificándose uno de los titulillos que tienen los papas para creerse importantes: el de pontífice, del latín *pontum faci* (“hacedor de puentes”).